LEONOR DE AQUITANIA

INCO ACTOS
VERSO, DE
OAQUIN
ICENTA
(HIJO)

PREMIO
LOPE DE VEGA
DEL
AYUNTAMIENTO
DE MADRID



RSA
50
cts.

LA
FARSA
50
cts.

Cubierta

de

este

número:

Margarita

Xirgu

en

Leonor

de

Aquitania

Foto. Contreras y Vilaseca

LEONOR DE AQUITANIA

JOAQUIN DICENTA (hijo)

LEONOR DE AQUITANIA

DRAMA EN VERSO, EN CINCO ACTOS, LOS TRES ULTIMOS DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS, Y UN EPILOGO

ORIGINAL

Obra premiada por el Ayuntamiento de Madrid, y estrenada en el Teatro Español la noche del 15 de marzo de 1933.

DIBUJOS
DE
ANTONIO MERLO



la farsa

AÑO VII || 29 DE ABRIL DE 1933 || NÚM. 294
MADRID

R E P A R T O

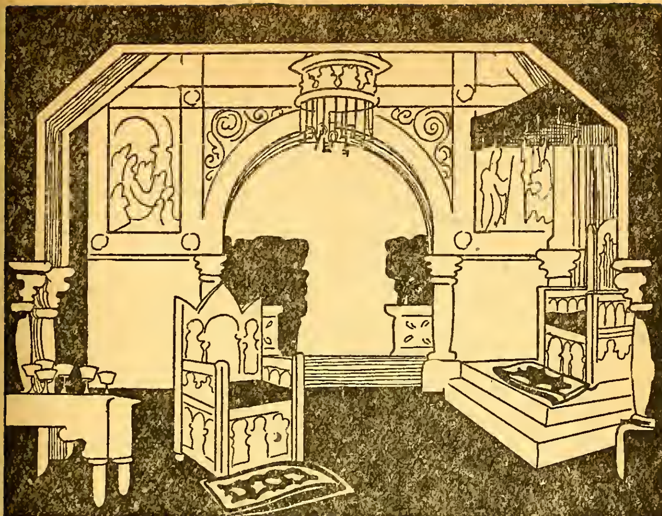
PERSONAJES	INTERPRETES
Leonor de Aquitania....................	Margarita Xirgu.
Rosamunda de Clifford................	Blanca Alonso de los Ríos.
Adelaida.................................	María Arias.
Ricardo (Acto 1.º)......................	Laura Bové.
Juan Sin Tierra (Acto 1.º)..........	Pilar Muñoz.
Ricardo....................................	Enrique Borrás.
Juan Sin Tierra........................	Enrique Guitart.
Enrique II..............................	Alberto Contreras.
Rimbaldo................................	Pedro López Lagar.
Ranulfo...................................	Luis Torner.
Blondel de Neele........................	Miguel Ortín.
Fortunato de Gourdón.................	José Cañizares.
Beltrán de Gourdón....................	Enrique Alvarez Diosdado.
Gancelmo.................................	Fernando Porredón.
Hugo de Nonan..........................	Alberto Contreras.
Guerrero 1.º..............................	Ricardo Merino.
Guerrero 2.º..............................	Gustavo Bertot.
Un Correo................................	Gustavo Bertot.
El Mesonero.............................	Fernando Aguirre.
Mozo del mesón.........................	Charito Ruiz París.
Un Arriero................................	José Luengas.
Un Hombre del Pueblo...............	José Cañizares.
Una Mujer................................	Amanda Nalda.
Otra...	Amalia Arisan.
Un Templario...........................	Francisco Alonso.
Un Noble..................................	José Luengas.
Un Paje....................................	Isabelita Plaza.
Un Pastor................................	Isabelita Plaza.

La obra empieza en el año 1173 y acaba en el año 1203.

La acción de los actos primero, segundo y tercero en Inglaterra.
La de los actos cuarto y quinto en Francia.

ACTO PRIMERO





LA CORTE DE AMOR

Salón en el palacio de Voodsltock. Puertas al foro, a la derecha y a la izquierda; la del foro ábrese al jardín. El salón está dispuesto para celebrar unas cortes de amor. A la izquierda, en primer término, hay un pequeño estrado; sobre él un trono para la reina de la fiesta. Decoran los muros trofeos y tapices. Arpas y laúdes suenan en el jardín acompañando a la voz de un juglar que canta el estribillo de una trova. Escuchan en silencio RANULFO y BLONDEAU DE NEELE, más conocido por Blondel.

VOZ DEL JUGLAR. Aunque el amor pueda traer dolor,
ama, mujer, que amar es tu destino...
Quien huye del Amor, halla el Amor
en todas las posadas del camino.
(*Cesa el canto. La música continúa breves momentos.*)

RANULFO. A fe que los trovadores
cantan armoniosos versos.

BLONDEL. Y no cesan los juglares
de tañer sus instrumentos.

RANULFO. Bella fiesta.
BLONDEL. Ya verás
cuando, aquí mismo, comienzo
den hoy las Cortes de Amor
que nuestra reina ha dispuesto;
cuando, al son de laúdes,
manicordios y salterios,
oigas a los trovadores
los mejores serventesios
y las canciones de gesta,
que a tu Inglaterra trajeron
los que siguiendo a tu reina,
francesa de nacimiento,
cruzaron el mar del norte
abandonando los feudos
que por nuestra ausencia lloran
al pie de los Pirineos.

RANULFO. Tú eres trovador, Blondel;
yo soy tan sólo guerrero.
Mi fiesta será mañana
al celebrarse el torneo,
cuando avancen los escudos
de las lanzas al encuentro
y mire correr la sangre,
escapada de los yelmos,
de la punta de mi lanza
a la punta de mis dedos.

BLONDEL. ¿Quiénes saldréis en la justa?

RANULFO. De un lado seis caballeros,
con Enrique Capacorta,
nuestro príncipe heredero,
y cinco del otro lado,
poniéndose al frente de ellos
las lanzas no menos diestras,
de Ricardo y Godofredo.

BLONDEL. ¿Y tú en qué bando peleas?

RANULFO. ¿Y lo preguntas? Peleo
junto al príncipe Ricardo,
a quien presté juramento
de seguir en paz y en guerra,
de dar "ayuda y consejo".

BLONDEL. Mucho le amas.

RANULFO. Más exigen
sus altos merecimientos.

BLONDEL. Verdad es; para las damas
no hay un galán más apuesto.

RANULFO. Ni más diestro paladín
nunca se vió en los torneos.

BLONDEL. Igual tañe un manicordio
que una guzla y un salterio.

RANULFO. Si bien maneja la lanza,
mejor maneja el acero.
BLONDEL. Es maestro en hacer trovas.
RANULFO. Y peleando es maestro.

(Por el foro entra RIMBALDO, el escudero de la reina.)

BLONDEL. Le prefiero trovador.
RANULFO. Yo guerrero le prefiero.
BLONDEL. Pues para ti sus proezas.
RANULFO. Pues allá tú con sus versos.
BLONDEL. ¡Ranulfo!... *(Enojado.)*
RANULFO. ¡Blondel!...
RIMBALDO. No vale
la pena de disgustaros,
que tú siguiendo al guerrero
y tú al trovador amando
tenéis un amo distinto
sin ser diferente el amo.
Si destreza y valentía
nuestro príncipe ha heredado
de Enrique Plantaginesta,
su padre y su soberano;
su afición por hacer trovas
y el tener ingenio claro
también de raza le viene:
entre los antepasados
de su madre, nuestra reina,
se encuentra el célebre bardo
Guillermo de Poitiers.
BLONDEL. Dicen.
que fué el primero y más sabio
de todos los trovadores
conocidos.
RIMBALDO. Y a su lado
nació la que es nuestra reina;
en la cuna la arrullaron
sones de guzla y canciones
de juglares afamados;
trovadores de Provenza
trovas de amor la enseñaron
y ellas fueron los primeros
balbuceos de sus labios.
Huérfana después, se vió
casada a los quince años
y reina de Francia. Entonces
predicaba un tal Bernardo
la Cruzada y allá fuimos
y, cuando de ella tornamos,
el rey Luis pidió el divorcio
al Pontífice romano.

BLONDEL. Por maestro en poesía
tuvo, entonces, al amado
Bernardo de Ventadorn,
el que aseguran que antaño
fué culpable de que a Inés
de Montluzó el engañado
marido en una mazmorra
pagar la hiciese el pecado
de escuchar trovas de amores
de los labios de Bernardo.

RIMBALDO. Tan cerca de ellos que en besos
los versos se transformaron.

RANULFO. Hay quien dice que la reina
también cayó entre los brazos
del trovador, su maestro,
queriendo imitar el caso,
aun reciente, de la historia
de Eloísa y Abelardo.

RIMBALDO. ¡Ranulfo!... (*Enojado.*)

RANULFO. ¿Qué?

BLONDEL. (*Bajo a Rimbaldo.*) Calla.

RIMBALDO (*Conteniéndose.*) Nada.

RANULFO. Pues, si os parece, vayamos
a la fiesta para unirnos
con el príncipe Ricardo.

RIMBALDO. Ve tú si quieres.

RANULFO. ¿Vosotros
os quedáis?

BLONDEL. Sí, nos quedamos.

(*Sale Ranulfo por el foro.*)

¿Qué ibas a hacer, imprudente?
Si así te dejas llevar
de tus iras, a la gente
de esta corte maldiciente
darás muy pronto que hablar.
Para castigar la ofensa,
si mintieran, yo sería
el primero que saldría
con mi espada en su defensa;
pero de nada valdría
que la duquesa Alianor
en versos, que son modelo
de buen trovar, Ventadorn
la ha llamado su *Conort*,
que quiere decir consuelo.

RIMBALDO. ¿Pero a qué recordar esta
historia ya? Desde el día
que en San Hilario se unía
a Enrique Plantaginesta,
aún duque de Normandía,
jurándole amor delante

de Dios, la dama galante
de la orilla del Garona,
la que perdió una corona
por ser esposa inconstante,
cambió el rumbo de su vida
y es esposa dolorida
de un rey, que amor y placeres
parte con otras mujeres,
mientras que de ella se olvida.

BLONDEL. ¿Y tú sabes a quién ama
nuestro rey?

RIMBALDO. Sé que su amor
es todo para una dama
de la reina que se llama
Rosamunda de Clifford.
La reina su nombre ignora,
pero ve que el rey la deja,
y de la corte se aleja
porque no sepan que llora
ni puedan ver que se queja;
mas yo, su fiel servidor,
adivino el padecer
de nuestra reina Leonor
y siento mi amor crecer
según crece su dolor.

BLONDEL. ¡Qué infierno será tu vida
dejando que crezca y arda
como una hoguera encendida
esa pasión que ni aguarda
saberse correspondida!

RIMBALDO. No imaginas el dolor
de esta pasión loca y ciega...

BLONDEL. ¿Cómo nació en ti ese amor?

RIMBALDO. Cuando con llanto se riega
el alma siempre da flor.
Aunque de limpio linaje,
mi padre no poseía
más que un predio en villanaje,
y yo, niño, ya servía
a mis duques como paje.
Como también niña era
por entonces la heredera
de los duques, a sus ruegos,
quiso mi señor que fuera
su compañero de juegos.
Conmigo también crecían
el respeto y el cariño...
Como los años corrían,
en amor se convertían
lo que eran juegos de niño.

No nos separó distancia
ni tiempo; de tierra en tierra
la seguí desde mi infancia,
y he sido su paje en Francia,
su escudero en Inglaterra,
su esclavo eterno y leal.
y ya mi pasión es tal,
que en vano a mi razón llamo
para que cure este mal
que me mata, porque la amo
y premio ninguno espero,
que es hoy mi amor tan sincero
que toda mi sangre diera
para que el rey la quisiera
lo mismo que yo la quiero.

BLONDEL. (*Mirando hacia la derecha.*)
Calla, Rimbaldo, que viene
la reina, nuestra señora...

RIMBALDO. Ella es.

BLONDEL. Mira.

RIMBALDO. ¿Qué?

BLONDEL. Ahora
temblorosa se detiene
y hasta parece que llora.

(*Los dos miran curiosamente hacia la derecha. Suenan músicas dentro. Cae la tarde.*)

RIMBALDO. Vete, Blondel, vete a oír
a los juglares cantar...

(*Sale Blondel por el foro. Rimbaldo mira tristemente a la derecha.*)

¡Cuánto debe de sufrir!...
¡Y cuán amargo es amar
y no poderlo decir!

(*Entra por la derecha LEONOR, sin fijarse en Rimbaldo, avanza y llorando toma asiento en escena. Rimbaldo se acerca a la reina y dice tembloroso.*)

Señora...

LEONOR. Rimbaldo...

RIMBALDO. Dile a tu escudero
quién es el que osado se atrevió a ofenderte,
y en gotas de sagre trocará mi acero
las lágrimas todas que mi reina vierte.

LEONOR. ¿Y si al pecho suyo tu espada no alcanza?

RIMBALDO. Mi honor es servirte, vengarte mi ley.
Si la espada es corta se empuña la lanza.

LEONOR. Cien lanzas defienden el pecho del rey.

RIMBALDO. ¿Es el rey, señora, quien te ofende?

LEONOR. Tanto
que no hallo consuelos a la pena mía...

RIMBALDO. Como yo en tus ojos nunca he visto el llanto,
creí que una reina llorar no sabía.

LEONOR. ¿Que no lloro nunca? Si pudieras verme
de noche en mi estancia callada y sombría
al rey aguardando... Cuando todo duerme,
tras de los encajes de mi celosía,
se me van las horas, mientras que la luna
burlona se ríe, y es tal mi desvelo
que puedo decirte, sin que falte una,
todas las estrellas que pueblan el cielo.
Cuántas, cuántas veces los rítmicos sones
de los pasos suyos miente mi esperanza
y creo que cruza los patios y avanza
buscando el camino de los torreones.
Más tarde presiento
que sube las gradas de mi galería,
que tras de mi puerta jadea su aliento
y si la entreabro loca de alegría
el rostro me azotan los dedos del viento
que entre mis cabellos se enreda un momento
y vuelve a escaparse por mi celosía.
Y cuando en oriente sangra el nuevo día
cuál rosa en el seno de la noche abierta,
en el alma mía
se desangra toda mi esperanza muerta.

RIMBALDO. El que ama es avaro que guarda su oro
y el miedo a perderlo ladrones le miente.

LEONOR. A mí me han robado todo mi tesoro
sin que yo estuviera del tesoro ausente.

RIMBALDO. ¿Y si te engañases?

LEONOR. Ante la verdad
me ha puesto esta tarde la mano inconsciente
de eso que llamamos la casualidad.

RIMBALDO. ¿Qué dices?

LEONOR. Escucha. Ya el sol declinaba;
mi corte, que aguarda que empiece la fiesta,
en torno de un joven trovador callaba
oyendo sus bellas canciones de gesta.
Más lejos, un grupo de nobles guerreros,
con la mano puesta sobre los aceros,
parlaban de justas y de cetrería,
de duelos, torneos y bravas empresas,
y corro de pajes a un juglar oía
tañer una tiorba, cuya melodía
ritmaba la danza de las juglaresas.
A llorar mis celos sin ningún testigo
me interné en el bosque y en sus espesuras,
la noche, en silencio, se entraba conmigo
y era menos negra que mis amarguras.
Miles de luciérnagas ante mí brillaban,
blancas, amarillas, azules y rojas,

y eran como piedras preciosas que orlaban
el traje de fiesta nupcial de las hojas,
de las verdes hojas que se desposaban
con claros de luna que en aquel momento,
para entrar desnudos, sus mantos dejaban
colgando en las ramas que besaba el viento.
Y el viento, arrastrando rumores cercanos
de risas ahogadas, las trajo a mi oído,
y, apartando ramas, me abrí con las manos
paso hasta un estrecho sendero escondido.
Allí dos amantes reían de gozo
bajo el plenilunio...
Miré. Me detuve. Y ahogando un sollozo
vi que me encontraba frente a mi infortunio.

RIMBALDO. ¿Eran Rosamunda y el rey?

LEONOR. Los espesos
ramajes cayeron delante de mí;
el viento me trajo rumores de besos;
tapé mis oídos y escapé de allí.
Y el ruido de besos tras de mí venía
como halcón que raudo tras la caza vuela,
y yo por el bosque corría, corría
como una gacela
que siente a su espalda llegar la jauría...
Y aun suenan sus besos en el alma mía,
la oprimen, la envuelven como una mortaja,
y parecen golpes que en un ataúd
da el sepulturero que clava la caja
que guarda los restos de mi juventud.

RIMBALDO. Castigo reclaman tamaños agravios.

LEONOR. ¿Quién a un rey castiga?

RIMBALDO. Yo me comprometo
a hacerlo, si quieres. Escucha un secreto
que hasta hoy no ha salido jamás de mis labios.

LEONOR. Di.

RIMBALDO. Cuando casada
con el rey de Francia, señora, estuviste,
cuando la cruzada
al frente de fiera mesnada
con él te partiste,
llegamos al Asia, y a nuestro camino
salieron las fuertes hordas sarrecenas;
combate libramos, y quiso el destino
que yo fuese preso, lleno de cadenas,
ante el poderoso sultán Saladino.

LEONOR. ¿Quieres recordarme que salvé tu vida?

RIMBALDO. Cometiendo entonces la mayor locura
que una reina puede cometer. Vestida
de hombre y amparada por la noche oscura
y casi sin armas ni acompañamiento,
fiando en muy pocos testigos,

la reina de Francia llegó al campamento
de sus enemigos.
El rey sarraceno, que vió tu hermosura,
y del que aceptaste la hospitalidad,
juró que eran negros, junto a tu blancura,
el lirio en Alepo, la rosa en Bagdad.
Y a tus pies rendido fervorosamente,
en pago a la dicha de ver tu belleza,
te ofreció, señora, toda su riqueza,
que era la de un cuento mágico de Oriente.
¿Recuerdas?

LEONOR. ¡Y cómo dar eso al olvido,
si por ello el trono de Francia he perdido!

RIMBALDO. Pues oye, señora: aquel mismo día
que me libertaste, cuando yo salía
en tu seguimiento,
el sultán que triste partir te veía,
así me decía
a la misma entrada de su campamento:
¡Se va! Que el Profeta la ampare y la guíe,
mas para que nadie su dicha destruya,
a ti, su escudero, deja que confíe
de aquí en adelante la defensa suya.
"Si ves que algún día la ofende un cristiano
y una sola lágrima tu señora vierte,
dentro de este anillo que pongo en tu mano
un veneno llevas para darle muerte;
haz saltar las piedras y vierte el veneno
en la copa donde le escancies el vino..."
Así me habló el noble sultán sarraceno,
y este es el anillo real de Saladino.

LEONOR. ¿Y contra el rey tratas de emplearlo ahora?
Trae esa sortija. Dámela (*Arrebatándosela.*)

RIMBALDO. Señora...

LEONOR. Calla. ¿Tú matarme lo que yo más quiero?

RIMBALDO. En brazos ajenos le viste reír.

LEONOR. Y en ajenos brazos mirarle prefiero
si en los míos tengo que verle morir.

(*En este momento llega de la izquierda rumor de disputas y a poco entra el príncipe JUAN SIN TIERRA, niño aún; viene lloroso discutiendo con el caballero FORTUNATO DE GOURDON.*)

JUAN. ¡Quita!

FORTUNATO. Señor...

LEONOR. ¿Qué sucede?
Vamos, hijo Juan, contesta.

JUAN. Que Fortunato respuesta
te dé, si dártela puede.

LEONOR. Prefiero que hables tú, hijo.

JUAN. Si me ves la faz llorosa

es, madre, por una cosa
que Fortunato me dijo.

LEONOR. ¿A un príncipe de Inglaterra
te has atrevido?...

FORTUNATO. ¿Yo?...

JUAN. Sí;
que, burlándose de mí,
me ha llamado Juan sin Tierra.

LEONOR. ¿Juan sin Tierra?

JUAN. No te extrañe,
que justo el dicho le viene
a un príncipe que no tiene
tierra que al nombre acompañe.

LEONOR. No entiendo.

JUAN. Mi padre a cada
uno de mis tres hermanos
tanto les dió que a mis manos
ya no puede llegar nada.

LEONOR. ¿Y eso, hijo mío, te importa?

JUAN. ¿Y cómo no, madre mía?
Además de Normandía
le dió a Enrique Capacorta...

LEONOR. Mal ese nombre me suena
para el príncipe heredero.

JUAN. Por ser el hijo primero
le dió el Anjou y la Turena
y, por si no fuera harta
herencia toda esa tierra,
hace que con él comparta
la corona de Inglaterra
y a su trono lo ha elevado;
viene Ricardo después
y, como entre todos, es
por ti el hijo más amado,
para servir tu deseo
le da Aquitauia y Guyena,
tu feudo francés, que llena
desde el Loire al Pirineo.
Queda Godofredo y le hace
también duque; se da maña
para darle la Bretaña
con un político enlace.
Para mí nada han dejado,
y Fortunato no yerra
cuando, viéndome olvidado,
burlouamente me ha dado
el nombre de Juan sin Tierra.

LEONOR. Calla, Juau. En la existencia
la fortuna una vez pasa
por la puerta de la casa
de cada cual. Con paciencia

aguárdala; cuando luzca
su cuerpo resplandeciente
cógete a ella fuertemente
y ve donde te conduzca.
Y di a todo infortunado
que se te venga a quejar
que la fortuna ha pasado
cerca de él y, por mirar
continuamente a otro lado,
se la ha dejado escapar.
Conque vive, Juan, alerta
y la puerta de tu casa
ten a la fortuna abierta,
y tú siéntate a la puerta,
que ya verás cómo pasa.

JUAN. La esperaré pues que tiene
que llegar; pero no cejo
en aprender el manejo
de las armas mientra viene;
en ellas me he de adiestrar
cada vez más por si acaso
da la fortuna en tardar
y, por ser lento su paso,
la tengo que ir a buscar.

LEONOR. No hables de ese modo y trata
de no envidiar y ser bueno,
que de la envidia el veneno
ni deja vivir ni mata,
porque es torturante yugo,
y el que lo lleva consigo
sufre el eterno castigo
de ser su propio verdugo.

JUAN. Si la envidia me devora,
¿de quién la culpa sería?
Responde, madre y señora.
No callarías ahora
si fuera la culpa mía.

LEONOR. Basta, Juan.

JUAN. Madre... No trato
de ofenderte. Esto es hablar
por hablar. Ven, Fortunato,
quiero a las guerras jugar.
Tú, en el juego, vas a ser
la hueste que a mis hermanos
defienda. Vamos a ver
si un poco de su poder
puede quedarse en mis manos.
Ven. Juguemos a la guerra
a ver si en llegando a hombre
la sé hacer y gano un nombre
que borre el de Juan sin Tierra.
(Sale con Fortunato por la izquierda.)

LEONOR. ¿Esto más? ¿No basta el duro
martirio de mi presente
que quiere Dios que se aumente
dejando que en el futuro,
y uno de otro frente a frente,
se pongan mis hijos?

RIMBALDO. Es
niño el príncipe, señora...

LEONOR. ¿Qué no intentará después
si ya es ambicioso ahora?

(Dice esto caminando hacia el foro, donde se detiene sorprendida.)

Pero, calla.

RIMBALDO. ¿Qué?

LEONOR. ¿No ves
que está el rey, mi esposo, allí?
Las manos cogidas tiene
de Rosamunda...

RIMBALDO. No.

LEONOR. Sí.
Se despiden y ella viene
pausadamente hacia aquí.
Vete, Rimbaldo, y promete
que a todos has de callar
cuanto te vine a contar.

RIMBALDO. Callaré.

LEONOR. Ya llega. Vete,
que a solas la quiero hablar.

(Rimbaldo hace mutis por la derecha. ROSAMUNDA DE CLIFFORD entra por el foro y cruza la escena sin fijarse en Leonor, que al fin la dice.)

Oye, Rosamunda.

ROSAMUNDA. *(Deteniéndose.)* Perdón, mi señora,
me están aguardando.

LEONOR. También impaciente
tu reina hace tiempo te espera. Ya es hora
de que, frente a frente
y a solas algunos instantes te hable...

ROSAMUNDA. ¿De qué?

LEONOR. Tú posees en tierras del norte
un noble "castillo rendible y jurable";
pues bien: yo te ruego que dejes mi corte
y en ese castillo termines tu vida.

ROSAMUNDA. En labios de reina los ruegos son ley,
mas para ausentarme preciso es que pida
y obtenga, señora, licencia del rey.

LEONOR. Y a mí vendrás luego
de que le repitas al rey mi demanda
a decir: "Señora, fué inútil tu ruego,
seguiré en la corte; mi rey me lo manda."

Pero, ¿cómo pudo llegar tu osadía
a romper, saltando por todas las leyes
que jura el vasallo. la antigua armonía
del amor sereno de tus propios reyes?
¿Cómo tú, que vienes de rancia nobleza,
a la que en limpieza ni el mismo sol gana,
mancillar pudiste toda esa pureza
de tu casta siendo del rey barragana?

ROSAMUNDA. ¡Señora!...

LEONOR. A tus deudos, en defensa tuya,
llama si te atreves...

ROSAMUNDA. Tan sólo te pido
que de tu presencia me dejes que huya.

LEONOR. Aguarda. Te juro que yo no he venido
a ofenderte; pero por su herida abierta
los celos se escapan de mi corazón
cuando sólo quiero llamar a la puerta
de tu compasión.
La reina no veas ahora en mí.

ROSAMUNDA. Señora...

LEONOR. Soy sólo una pobre mujer que padece
y que, con el alma de rodillas, llora
penas que tú sabes que no se merece;
soy sólo una pobre mujer que te imploro,
igual que un humilde mendigo lo haría,
que me des de nuevo todo aquel tesoro
de amor que del alma me robaste un día.
Yo sé, Rosamunda, que tú nada sientes
por el rey, que guardas ocultas razones
para ser su amante, que si amor le mientes
es porque en el alma tienes ambiciones
de poder...

ROSAMUNDA. ¿Qué dices?

LEONOR. Deja mis reales
palacios y, a cambio de tu sacrificio,
te daré mis bellos dominios feudales,
pajes y escuderos para su servicio,
y porque te vayas lejos de Inglaterra
te doy de Aquitania mi altiva corona,
su fuerte castillo con toda la tierra
que riega el Garona;
sus huestes, que forman bravos caballeros;
halcones, jaurías como tú no tienes;
alodios y predios, siervos y pecheros;
cien caballos diestros y cien palafrenes.

ROSAMUNDA. Tú sabes, señora, que no está en mi mano
hacer lo que pides, que depende todo
del rey...

LEONOR. ¡Rosamunda!

ROSAMUNDA. Si mi soberano

me deja que parta, partiré.

LEONOR. ¿De modo
que a los ruegos míos tu orgullo contesta?
¿Que de nada sirve que suplique y llore
y que, con el alma de rodillas puesta,
igual que un mendigo tu piedad implore;
que impasible miras suplicarte tanto
a quien nunca a nadie suplicó en la tierra?...
Pues bien, que mis iras den fin de mi llanto
de mujer y que hable la reina ofendida.
Llama al rey si quieres; veremos, si viene,
qué hace en tu defensa con toda su ley...

ROSAMUNDA. También mi nobleza sus derechos tiene
y, para juzgarme, no puede ni el rey
de todos sus jueces ponerme delante,
que en estirpe somos iguales las dos,
y hay cien caballeros que cojan mi guante
y en mi nombre salgan al juicio de Dios.

LEONOR. Toda la limpieza de tu estirpe en una
noche mancillaste. Tras de lo que has hecho
murió la pureza de tu noble cuna
entre el mercenario placer de tu lecho.

ROSAMUNDA. ¡Basta ya, señora! Respeto y prudencia
tienen su frontera. Pues que así me humillas,
juro que contigo lo hará en mi presencia
el rey.

LEONOR. ¡De rodillas!

ROSAMUNDA. ¿Cómo?

LEONOR. ¡De rodillas!
Yo también te juro, y al Dios de los cielos
de mi juramento pongo por testigo,
que el llanto que has visto llorar a mis celos
va a tener muy pronto y ejemplar castigo.
Lágrimas de sangre llorarán tus ojos
a los pies del mismo trono que mancillas.

ROSAMUNDA. Mi rey me defiende.

LEONOR. ¡Vasalla, de hinojos,
a tu reina pide perdón!
(*Cogiéndola de la muñeca y haciendo que se arrodille.*)
¡De rodillas!
(*Entra por el foro RIMBALDO, que se interpone entre la reina y Rosamunda.*)

RIMBALDO. Señora, la corte viene.

LEONOR. Márchate de aquí, mujer;
torna cuando se serene
tu rostro; pueden saber
mis hijos por la asustada
expresión de tu semblante
que su madre es desgraciada.

Quítate, pues, de delante
para que no adviertan nada.
Y entre tanto al cielo ruega
para que calme la ciega
ira que contra ti guardo,

(Sale Rosamunda por la derecha.)

RIMBALDO. Ya la Corte de Amor llega
tras el príncipe Ricardo.

(Aparecen en el foro cuatro escuderos portando antorchas encendidas. Otros traen canastillas de flores que los pajes arrojan al paso del cortejo. Sigue RICARDO rodeado de damas, a las que dan la mano los caballeros y los trovadores, entre los que vienen BLONDEL DE NEELE y RANULFO. Cierran el cortejo juglares y juglaresas vestidos con trajes de varios colores y tocando arpas, violas y laúdes, manicordios y salterios. Leonor, en el centro de la escena, recibe a la comitiva.)

LEONOR. Que lleguen los pajes deshojando flores,
que las guzlas alcen su sonido al viento,
que digan los bardos sus cantos de amores
y que los juglares a los trovadores
les den con sus tiorbas acompañamiento.
Hasta que el sol luzca con el nuevo día
suenen las canciones y corra el licor,
que es fuego que aguza la sabiduría.
Avance el cortejo de la poesía
y que dé principio la Corte de Amor.

RICARDO. Escúchame, madre. Por Blondel me entero
que el noble Rimbaldo, tu escudero fiel,
compuso una trova de amores, y quiero
conocer la trova que elogia Blondel.

RIMBALDO. La trova ya es vieja... La compuse en Francia
cuando yo era paje, y habla de un amor
tan viejo como ella, porque yo en mi infancia
soñé locamente con ser trovador.

RICARDO. Te oímos, Rimbaldo.

RIMBALDO. La reina podría
mejor que yo mismo mi canto trovar.

RICARDO. ¿La sabe?

RIMBALDO. La sabe.

RICARDO. ¿Quieres, madre mía,
decírnosla?

LEONOR. Tañe tu guzla, juglar.

(Las damas se han distribuído por la escena, tomando asiento en los escabeles. Algunos trovadores arrastran cojines y toman asiento a los pies de las damas. El juglar avanza, y acompañándose con su guzla dice Leonor:)

¡Qué doloroso es amar
y no poderlo decir!...

Si es doloroso saber
que va marchando la vida
como una mujer querida
que jamás ha de volver;
si es doloroso ignorar
dónde vamos al morir,
¡más doloroso es amar
y no poderlo decir...!

Triste es ver que la mirada
hacia el sol levanta el ciego,
y el sol la envuelve en su fuego
y el ciego no siente nada;
ver su pupila tranquila
a la luz indiferente
y saber que eternamente
la noche va en su pupila
bajo el dosel de su frente.
Pero si es triste mirar
y la luz no percibir,
¡más doloroso es amar
y no poderlo decir!...

Conocer que caminamos
bajo la fuerza del sino,
recorrer nuestro camino
y no saber dónde vamos;
ser un triste peregrino
de la vida en el sendero,
no poderse detener
por ir siempre prisionero
del amor o del deber...
Mas si es triste caminar
y no poder descansar
más que al tiempo de morir,
¡más doloroso es amar
y no poderlo decir!...

Vivir, como yo, soñando
con cosas que nunca vivo
y seguir, seguir andando
sin saber por qué motivo
ni hasta cuándo.
Tener fantasía y vuelo
que pongan al cielo escalas
y ver que nos faltan alas
que nos remonten al cielo...
Mas si es triste no gozar
lo que podemos soñar,
no hay más amargo dolor

que ver el alma morir
prisionera de un amor
que no se puede decir.

BLONDEL. — Que nos diga otra trova.

RICARDO. — Esperad; antes yo
deseo que la reina
os dé a vosotros dos
motivo para alguna
divertida tensión.

RANULFO. — Bien pensado.

RICARDO. — (*A la reina.*) ¿No tienes
inconveniente?

LEONOR. — No.
Rimbaldo, el escudero,
Blondel, el trovador,
sabed que a cierta dama
un paje se acercó
y, rendido de amores,
requirióla de amor.
El bosque sólo sabe
lo que hablaron los dos,
pero la dama, cuando
la plática finó,
fué a pedirle consejos
a un sabio confesor,
que la dijo: "Señora,
desecha tu pasión,
amor es un pecado
que lo condena Dios."
La dama dejó el templo
y así le preguntó
a un monje que venía
en peregrinación:
"Decidme, padre mío,
¿es pecado el amor?"
Y el monje respondióla,
temblándole la voz:
"Os amaréis los unos
a los otros, es Dios
quien lo manda", y al punto
su camino siguió,
dejando a nuestra dama
llena de turbación.
Rimbaldo, el escudero,
Blondel, el trovador,
la dama me pregunta.
¿Qué le contesto yo?
¿Es el amor pecado
o es virtud el amor?

RIMBALDO. Amor es el divino principio creador.
BLONDEL. Guadaña de la muerte.
RIMBALDO. Simiente de la vida.
BLONDEL. Es puñal en el crimen.
RIMBALDO. Y bálsamo en la herida.
BLONDEL. Y rey de los placeres.
RIMBALDO. Y padre del dolor.
BLONDEL. Es agua emponzoñada que mata al que la toma.
RIMBALDO. Y el sediento revive cuando abreva en su fuente.
BLONDEL. Tiene en el Paraíso la forma de serpiente.
RIMBALDO. Y es luego el mismo Dios en forma de paloma.
BLONDEL. Satanás Trinegisto mueve el rabo en su honor.
RIMBALDO. Jesús de Galilea le nimba con su llanto,
al pecador humilla para volverle santo.
BLONDEL. Y el santo, a su caricia, se torna pecador.
RIMBALDO. El amor es perfume.
BLONDEL. El amor es veneno.
RIMBALDO. Es lazo que nos ata.
BLONDEL. Es pesada cadena.
RIMBALDO. Es camino de rosas.
BLONDEL. Es camino de cieno.
RIMBALDO. Desde principio, goce.
BLONDEL. Y al final, sólo pena.
RIMBALDO. Es razón de la vida.
BLONDEL. Es vivir sin razón.
RIMBALDO. Tan débil como el niño.
BLONDEL. Como el Hércules fuerte.
RIMBALDO. El dispara la flecha que nos hiere de muerte.
BLONDEL. Mas tiene el privilegio de la resurrección.

LEONOR. Ya lo han visto mis damas,
sostienen su opinión
Rimbaldo, el escudero,
Blondel, el trovador,
y nosotras quedamos,
al finar la tensión,
sin saber si es pecado
o es virtud el amor.
Decidnos, trovadores,
¿quién tiene la razón?
RICARDO. No la tiene ninguno,
por tenerla los dos.

Como Rimbaldo afirma, virtud es el amor;
como dice Blondel, es el amor pecado;
que en santo se tornara por él un condenado,
y por él ese santo se hiciera pecador.
Unas veces tiniebla y otras rayo de luz,
es placer en el cuerpo de la Venus helena
y es lágrima en los negros ojos de Magdalena,
que se quedó sin alma llorando ante la cruz.

Paraísos e infiernos a un tiempo tiene abiertos,
de sus manos fecundas sale toda simiente;
Caronte, por servirle, navega eternamente
y amor va tras la barca resucitando muertos.
Va abriendo sepulturas, va cerrando ataúdes;
a él llegan los impuros y los inmaculados,
que es el mayor pecado de todos los pecados
y es la virtud más grande de todas las virtudes.

(Mientras la corte felicita a Ricardo, entra por la derecha ENRIQUE II de Inglaterra, seguido de ROSAMUNDA DE CLIFFORD, que queda situada a su diestra.)

ENRIQUE. Sed bien hallados todos.

RICARDO. Bien venido,
padre y señor, a nuestra fiesta seas.

RIMBALDO. El rey.
(A Leonor.)

LEONOR. ¡Y ella con él!

RIMBALDO. Nunca ha querido
parte tomar en estas asambleas
de amor y poesía nuestro rey...

BLONDEL. Le toca el turno a una canción de gesta.

RICARDO. En las cortes del amor es vieja ley
nombrar antes la reina de la fiesta.

LEONOR. El príncipe Ricardo es quien la tiene
que elegir hoy.

RICARDO. Y hacerlo ya no puedo;
puesto que el rey entre nosotros viene,
al rey, señora, mi derecho cedo.

ENRIQUE. Cosa difícil para mí reclamas
y muchas dudas a mi vista ofrecen
los rostros que me cercan, tantas damas
por fueros de belleza lo merecen.
(Dándose cuenta de que esta Rosamunda a su derecha.)
La que a mi diestra se halle sea en esta
asamblea quien logre tal honor.
A ella la nombro reina de la fiesta.
Ved quién es.
(Sin moverse.)

RICARDO. Rosamunda de Clifford.

LEONOR. ¿Ella?...

RIMBALDO. *(Aparte.)*
Calma.

ENRIQUE. *(A Rosamunda.)* A tu trono sube ahora
y que todos te rindan vasallaje.

ROSAMUNDA. *(Al rey por lo bajo.)*
Gracias.

ENRIQUE. ¿Estás contenta?

ROSAMUNDA. Sí.
(Se dirige a saludar a la reina.)
Señora...

LEONOR. (*Por lo bajo a Rosamunda.*)
Bien te vengaste del pasado ultraje;
pero tiembla, mujer. Yo no perdono
ni olvido nunca ofensas como ésta.

ROSAMUNDA. (*Inclinándose ante la reina.*)
Señora...

(*Mientras Ricardo conduce a Rosamunda a su trono, Leonor llega a una de las mesas, golpea contra ella el anillo que le dió Rimbado, vierte en una copa su contenido y después sirve licor.*)

LEONOR. ¡Ella lo quiso!
(*Cogiendo la copa de la mesa.*)
Ante su trono,
brindemos por la reina de la fiesta.

(*Coge la copa en la mano, llega a las gradas del trono y, ofreciéndosela a Rosamunda, dice:*)

Te ha escogido, señora, el soberano
como reina de amor y de poesía;
al poner esta copa entre tu mano
yo te rindo homenaje y pleitesía.
Es el amor quien su poder te entrega
y como a reina todos te acatamos...
Goza a prisa tu reino, porque llega
la muerte cuando menos la esperamos.

ROSAMUNDA. (*Alzando la copa.*)
Damas y caballeros, servidores
de mi Corte de Amor, la copa mía
alzo en honor de cuantos trovadores
pueblan la tierra. Amor y poesía
nuestros dioses serán, mientras el día
no desangre sus rosas en Oriente
y ponga, con su fuego soberano,
una corona de oro en cada frente
y un cetro de su luz en cada mano.

(*Beben. Todos la imitan. Ricardo la ofrece su mano y ella baja del trono y va saludando a la corte llevada por el príncipe. Entre tanto, Leonor, que ha retrocedido al lado de Rimbaldo, dice a éste sombríamente.*)

LEONOR. Ha llegado el instante... ¡Al fin! Advierte
que del viento los lobos aúllan fuera,
clarines del heraldo de la muerte
que va de caza.

RIMBALDO. No te entiendo.

LEONOR. Espera.
¿No ves la muerte aún? Pues cerca se halla.
Toma.

RIMBALDO. ¿El anillo?

LEONOR. Sí.

RIMBALDO. ¿Cómo? ¡No tiene

la piedra ya! ¿Qué es lo que hiciste?

LEONOR. ¡Calla!
¿No ves la muerte aún? Pues aquí viene.
(Señalando a Rosamunda que avanza de la mano del rey y que, de pronto, vacila extrañamente.)

ROSAMUNDA. Señor, sosténme. Todo en torno mío
oscila extrañamente y me parece
que el suelo se me va.

ENRIQUE. ¿Qué?

ROSAMUNDA. Siento un frío
que mis propias entrañas estremece...

RICARDO. Y cuán pálida estás.

ROSAMUNDA. *(Desmayando.)*
¡Mi fuerza falta!

ENRIQUE. ¡Rosamunda!
(Reclinándola en unos cojines.)

RICARDO. ¡Señora!

ROSAMUNDA. *(Desfalleciendo.)*
¡El corazón,
dentro del pecho, enloquecido salta!...

ENRIQUE. ¿Eh? ¿Qué es esto?

ROSAMUNDA. ¡Me muero!... ¡Confesión!...
(Sus ojos se cierran. Su boca se tuerce en un gesto postrero.)

ENRIQUE. Escucha... Se quedó como dormida.
¡Quiero que vivas! ¡Oyeme! ¡Despierta!
(Volviéndose angustiado a la corte.)
¡Todo mi reino a quien la dé la vida!

LEONOR. Es inútil.

ENRIQUE. ¿Por qué?

LEONOR. ¡Porque está muerta!
¡Ahora, monarca a quien amé yo tanto
que por tu amor maté, prueba, si quieres,
a darle nueva vida y mira cuánto
cambia en odio el amor de las mujeres!

ENRIQUE. ¿La mataste?... ¡Veneno por veneno!
¡Apresadla! Lo manda el soberano.
(Volviéndose a la corte y por Leonor.)

RICARDO. ¿Apresar a la reina?

ENRIQUE. ¡Yo lo ordeno!
(Los escuderos avanzan hacia Leonor; ésta se ampara en Ricardo, que echa mano a la espada.)

RICARDO. ¿Quién de vosotros tenderá su mano?

ENRIQUE. ¿Amenazas?

RICARDO. Advierto nada más.

ENRIQUE. ¿Te declaras, Ricardo, mi enemigo?

RICARDO. Es mi madre, señor.

ENRIQUE. *(A los suyos que avanzan.)*
¡Prendedla!

RICARDO. *(Conteniéndolos amenazador.)*
¡Atrás!

ENRIQUE. ¡Digo que la prendáis!

RICARDO. ¡Atrás yo digo!

(Amparando a Leonor y despojándose de su guante que arroja a los pies del rey.)

En mi ducado de Aquitania estamos;
coged mi guante si queréis la guerra...

ENRIQUE. Tu padre lo recoge.

(Alzándolo.)

RICARDO. Madre, vamos.

LEONOR. ¡Abrid paso a la reina de Inglaterra!

(Dice esto con tan majestuoso ademán que la corte se abre en dos filas entre las que pasan Leonor y Ricardo mientras cae el TELON.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



LA PRISIONERA

Interior de una torre en el castillo de Salisbury, donde se halla prisionera Leonor de Aquitania. En primer término a la derecha, ventanal enrejado. Puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Amanece.

(En escena GANCELMO. Entra BELTRAN DE GOURDON.)

BELTRAN. ¿Qué haces, Gancelmo?
GANCELMO. Ya ves,
vigilar. Este es mi oficio
desde que estoy al servicio
de tu padre.
BELTRAN. Y a fe que es,
más que una carga, un honor
guardar la puerta que encierra
a una dama de Inglaterra
como la reina Leonor.

El rey no le ha perdonado
su crimen y, por temores
de carceleros traidores,
a mi padre lo ha nombrado
alcaide de la prisión...

GANCELMO. Y no encontrará otro igual
que a todos gana en leal
Fortunato de Gourdon.
Lo que hacen mal, a mi juicio,
—y si algo vi Dios me valga—
es dejar que entre y que salga
en la prisión, al servicio
de la reina, ese escudero...

BELTRAN. ¿Rimbaldo? Desde la infancia
a ella va unido. De Francia
se lo trajo, y...

GANCELMO. Prisionero
casi está con su señora.

BELTRAN. Que oigo pasos se dijera...
Ve a ver si es la prisionera
que despierta con la aurora.

(*Gancelmo se va por la izquierda; por el foro entra FORTUNATO DE GOURDON.*)

FORTUNATO. Beltrán.

BELTRAN. Padre.

FORTUNATO. ¿El carcelero
se marchó ya?

BELTRAN. No; recorre
el interior de la torre.

FORTUNATO. Pues aléjate y primero
tras de ti esa puerta cierra,
(*La de la derecha*)
porque acaba de llegar
y quiere conmigo hablar
el príncipe Juan Sin Tierra.
A un caballero hallarás
ahí mismo; al príncipe aguarda.
Por si él en llamarle tarda
compañía le darás.
En tanto cuida que aquí
nadie llegue; nos precisa
hablar a solas; avisa
si alguien viene.

BELTRAN. Lo haré así.

(*Vuelve el carcelero. A una seña de Beltrán salen los dos por la derecha, cerrando la puerta. Fortunato se dirige al foro, por donde entra en seguida JUAN SIN TIERRA, que ya es un hombre de veinticinco años, y dice:*)

FORTUNATO. Puedes llegar sin temor
de ser visto ni espiado.

JUAN. Fortunato, bien hallado.
FORTUNATO. Sé bien venido, señor.
JUAN. ¿De qué me quieres hablar?
FORTUNATO. La fortuna que aguardamos
por tu puerta va a pasar,
y urge, señor, estudiar
la situación en que estamos.
Cierta noche, ya lejana,
—era niño Juan Sin Tierra—
a una dama de Inglaterra
dió muerte la soberana...
JUAN. ¿A qué vienen tan extraños
recuerdos?
FORTUNATO. A que interesa
recordar. La reina presa
—va ya para quince años—
desde aquella noche está.
Y aquí mi celo la guarda...
JUAN. ¿Quieres acabar?
FORTUNATO. Aguarda,
que corto el cuento será.
Vivíamos los ingleses
en paz y surge una guerra
no prevista y a Inglaterra
atacan los escoceses;
cuando el rey se disponía
a defenderse de Escocia,
Francia con Flandes se asocia
y caen sobre Normandía.
JUAN. Esa guerra inesperada
con un interés bastardo
fué en silencio preparada
por el príncipe Ricardo.
FORTUNATO. La mala suerte se ensaña
con el rey, porque sin miedo
a su padre, Godofredo
le reta desde Bretaña.
JUAN. El fin del relato aguardo,
que de impaciencia me llena.
FORTUNATO. Aquitania y la Guyena
se sublevan con Ricardo.
Saben los meridionales
que sigue la reina presa
y se alían a la empresa
de Ricardo los feudales;
parece una guerra santa,
y a ella su esfuerzo dedican
los monjes que la predican
y el trovador que la canta...
Todo el mundo parecía
que iba a caer sobre Inglaterra;

pero el rey entra en la guerra,
desembarca en Normandía
dominando a los franceses,
luego cae sobre Bretaña
y termina la campaña
venciendo a los escoceses.

Mas tu madre sigue presa;
queriéndola libertar
se vuelven luego a lanzar
tus hermanos a la empresa.

La lucha, con más denuedo,
empéñase entre los tres.
Enrique muere. Después
muere también Godofredo.
Mas Ricardo de Inglaterra
de propósito no muda;
de Felipe Augusto, ayuda
consigue para otra guerra.

Tú al rey le mientes respeto,
y mientras finges amarle
trabajas por destronarle
y conspiras en secreto.

Te enteras de que a dar van
una importante batalla;
el rey, que nada te calla,
te hace conocer su plan
teniéndote por su amigo...

JUAN. Y yo escucho tu consejo,
vendo ese plan y le dejo
a merced del enemigo.

FORTUNATO. Y éste es el actual momento
y mi cuento a su final
ha tocado.

JUAN. Menos mal;
¿pero a qué vino tu cuento?

FORTUNATO. A que un correo, enviado
por mí a la costa francesa
con noticias ha tornado
y saberlas te interesa.

JUAN. Pues ya en decírmelas tarda.
¿En dónde espera?

FORTUNATO. *(Llamando por la derecha.)*
¡Beltrán!

(Entra BELTRAN.)

Te manda el príncipe Juan
que hagas pasar al que aguarda.

(Beltrán vuelve a salir. En seguida aparece de nuevo, seguido de un correo. Beltrán se va.)

CORREO. Señor...
JUAN. ¿Vienes de la guerra
de Francia?
CORREO. En doble jornada,
y ya es cosa decretada
la derrota de Inglaterra.
JUAN. Mi padre, el rey...
CORREO. Ha perdido
el Mans y la plaza fuerte
de Tours.
JUAN. Esta vez la suerte
seguir con él no ha querido...
CORREO. Pensó en llevar adelante
la guerra, pero, cansado,
enfermo, viejo, minado,
por una fiebre constante,
puerta de su sepultura,
logró que a su propia instancia
Felipe Augusto de Francia
acudiese a la llanura
de Colombiéres.
JUAN. ¿Qué?
CORREO. Forzoso
le fué la paz implorar
y terminar de firmar
un tratado vergonzoso.
Sabiéndose traicionado...
(*Se detiene temerosamente.*)
JUAN. Sigue... ¡Que sigas!
CORREO. Señor...
El conocer al traidor
fué condición del tratado.
JUAN. ¿Y qué?
CORREO. Que al rey de Inglaterra
así el de Francia le dijo:
"Te ha traicionado tu hijo
el príncipe Juan Sin Tierra."
Oyó del hecho la historia.
"Ya habéis hablado bastante"
suspiró el rey, y al instante,
perdió el habla y la memoria.
JUAN. ¿Estaba Ricardo allí?
CORREO. De Francia ha tiempo partió.
¿Algo más deseas?
JUAN. No.
CORREO. ¿Puedo retirarme?
JUAN. Sí.
(*Se queda pensativo viéndole marchar por la derecha y luego se vuelve hacia Fortunato.*)
¿Qué hacemos?
FORTUNATO. ¿Y aún no lo advierte
tu ambición? El abandona

la vida, mas la corona
no se la lleva la muerte.

JUAN. ¿Qué estás diciendo?
(*Desalentado.*)

FORTUNATO. Sospecho.
que mi señor la querrá.

JUAN. Mas Ricardo llegará
reclamando su derecho.

FORTUNATO. Cuando a conocer él venga
la muerte del soberano
ya el cetro tendrá tu mano
porque yo haré que lo tenga.

JUAN. ¿Y si a Inglaterra se vino?

FORTUNATO. En todos los puertos nuestros
ya le aguardan hombres diestros
para cortarle el camino.
¿Comprendes?

JUAN. Sí. Juan Sin Tierra,
el príncipe desdeñado,
será muy pronto llamado
Juan Primero de Inglaterra.

FORTUNATO. Vienen.

JUAN. ¿Es mi madre?

FORTUNATO. Sí.

JUAN. Conviene que yo me esconda.

FORTUNATO. Vete al camino de ronda
que yo iré a buscarte allí.

JUAN. Seré en el trono tan fuerte
que habrán todos de acatarme
y de él sólo podrá echarme
la muerte... por ser la muerte.

(*Sale por el foro. Pausa. Por la izquierda llega LEONOR, que cruza la escena y se dirige al ventanal por donde mira. La sigue RIMBALDO. Fortunato, en quien ella no repara, la saca de su ensimismamiento.*)

LEONOR. Ya el nuevo día ha venido
y en el monte ensangrentado
ha puesto el huevo dorado
de su sol recién nacido.
Ya despuntó la mañana...
Sonar de maitines... Son
toques de resurrección...

FORTUNATO. Dios guarde a la soberana.

LEONOR. ¿La soberana dijiste?
Lo fuí un día, pero hoy
presa y destronada estoy,
y ya la reina no existe.
La corona no da brillo
a mi frente que se inclina;

soy un muerto que camina,
y es mi tumba este castillo.
Ya mi pasado esplendor
es página de la historia...
Ya sólo soy la memoria
de la reina Leonor.
De una soberana muerta
vives la tumba guardando...
¡Despierta, que estás soñando!
¡No soy la reina! ¡Despierta!

(Se vuelve amarga y despreciativamente, dirigiéndose al ventanal.)

FORTUNATO. Señora...

RIMBALDO. Marcha de aquí;
¿no ves que la ofende el verte?

LEONOR. ¡Cuánto se tarda la muerte,
Señor, en venir por mí!

(Fortunato sale por la izquierda. Hay una pausa. Rimbaldo mira con lástima a Leonor. Esta, abstraída, contempla el horizonte lejano.)

RIMBALDO. ¿Qué piensas, señora mía?
¿Qué miras tan tristemente?

LEONOR. Cómo sangran en Oriente
las rojas flores del día.

RIMBALDO. Señora...

LEONOR. Mi noble amigo,
único que bajo el cielo
me queda ya, qué consuelo
siento al hallarte conmigo;
qué tristeza al ver tus canas
y mirar luego las mías
recordando aquellos días
de las épocas lejanas
que en mi dolor rememoro
cuando, rubios mis cabellos,
en mi cabeza eran ellos
bruñido casco de oro.
Días en que, como hermanos,
a un mismo tiempo reímos
y a un tiempo mismo corrimos
por los campos aquitanos
detrás de dichas sin cuento,
tras las aves asustadas
o tras las hojas llevadas
como náufragas del viento.
Un ruiseñor, cierta tarde,
a mí me trajiste preso...
Te lo pagué con un beso
y tú temblabas cobarde.
Ahora comprendo yo el canto
de aquel preso ruiseñor

que nos alegraba tanto,
cuando aquel canto era llanto
de dolor.
¡Qué ajena, entonces, estaba
su pequeña carcelera
a que Dios la destinaba
a mirarse prisionera
llorando lo que él cantaba!
¡Qué amargura en la memoria
deja el sabor del pasado!...
¿Seré necia? ¿No he llorado
al recordar esa historia
del ruiseñor enjaulado?

RIMBALDO. Aleja de ti las penas
porque este naciente día,
acaso Dios te lo envía
para romper tus cadenas.

LEONOR. Sólo de la muerte aguardo
que la libertad me dé...

RIMBALDO. Anoche, señora, hablé
con el príncipe Ricardo.

LEONOR. ¿Qué dices?
(Con un grito de alegría.)

RIMBALDO. *(Temeroso.)*
La boca cierra;
cada muro es un oído.

LEONOR. ¿Dónde está?
(Bajando la voz.)

RIMBALDO. Lleva escondido
tres días en Inglaterra.
Anoche mismo Blondel,
el trovador, que rondaba
el castillo, me aguardaba
para llevarme ante él.

LEONOR. ¿Qué dijo?

RIMBALDO. Que tu evasión
en secreto se prepara
y que estés dispuesta para
escapar de tu prisión.
Y ya que él, para guardarte,
de ti tan cerca está ahora,
yo te suplico, señora,
que me permitas dejarte.

LEONOR. ¿Quién de mi lado te quita
sin piedad de mi amargura?

RIMBALDO. Una voz que aquí murmura
continuamente y me grita
que huya por siempre de aquí...
Sus palabras me estremecen.
¡De lejos venir parecen
y suenan dentro de mí!

LEONOR. Demencias que Dios confunda,
quimeras, locuras...

RIMBALDO. No;
esa voz que escucho yo
¡es la voz de Rosamunda!

LEONOR. (*Con terror.*)
¿Qué dices?...

RIMBALDO. Si está callada,
veo su sombra en el vano
de las puertas que en la mano
trae la copa envenenada.
Y en este martirio eterno
su voz, señora, me tiene,
sin saber de donde viene,
si del cielo o del infierno.

LEONOR. Rimbaldo, no me perdonas
que de un crimen te haya hecho
su cómplice mi despecho...
Me odias y me abandonas.

RIMBALDO. (*Sin poderse contener.*)
¿Odiarte yo, que te adoro
callándolo eternamente?
¿Odiar el hombre que siente
un amor como el que lloro?
¿Odiar mi única ilusión,
por la que aun sigo viviendo?...

LEONOR. (*Interrumpiéndole entre autoritaria y compasiva.*)
¡Rimbaldo!

RIMBALDO. (*Como despertando de un sueño.*)
¡Qué estoy diciendo!
(*Cayendo a los pies de Leonor.*)
¡Perdón, señora, perdón!

LEONOR. (*Levantándose pensativa.*)
Que marches y olvides quiero.
Procura olvidar tu pena...
¡Quien olvida su cadena
no es del todo prisionero!
¿Por qué hablaste, si a los dos
tu amor tan solos nos deja?

RIMBALDO. (*Con voz entrecortada.*)
Señora, Dios te proteja...

LEONOR. (*Sollozante.*)
Rimbaldo, guárdete Dios.

(*Rimbaldo se va sollozando por el foro. Sollozando queda Leonor, que se deja caer en un banco de piedra, frente a la ventana por la que entra el sol, envolviéndola en un sudario de luz. Leonor alza más tarde la cabeza y tristemente dice:*)
¡Preso de amor! Con profundo
dolor mi prisión lloraba...

¡Pobre de mí, que ignoraba
que prisión es todo el mundo!
Todos, para nuestro mal,
somos, al mundo llegados,
prisioneros condenados
a cadena temporal.
La vida es una prisión;
todos sufrimos la pena
de llevar nuestra cadena
esposada al corazón...
Van deberes y pasiones
nuestra cadena formando
y no hacemos, caminando,
más que añadir eslabones...
La muerte es el campeón
por el que libre salimos,
y aun quién sabe si morimos
para cambiar de prisión...

(Pausa. Entra GANCELMO.)

GANCELMO. El confesor tuyo tu licencia espera
para entrar.

LEONOR. Gancelmo. Dile que le aguardo.

(Vuelve a salir Gancelmo y a seguido aparece con un monje encapuchado, a quien dice.)

GANCELMO. A solas te dejo con la prisionera.

(Gancelmo se va. El monje se acerca a Leonor. Es Ricardo.)

RICARDO. Señora...

LEONOR. ¿Quién habla?
(Reconociéndole.)

RICARDO. *(Temiendo que la oigan.)*
¡Silencio!

LEONOR. *(Ahogando un grito de alegría.)*
¡Ricardo!

RICARDO. Solos.

LEONOR. ¡Hijo!

RICARDO. ¡Madre!... ¡Cuánto habrás sufrido!
Duquesa aquitana, reina de Inglaterra,
¿cómo al ver tu llanto no se ha estremecido
ni Dios en el cielo ni el hombre en la tierra?
¡Pobre madre mía, presa tantos años
dentro de esta torre, silente y sombría,
sin más compañeros que tus desengaños!...
¡Cuántas canas tienes!... ¡Pobre madre mía!

LEONOR. A solas la cumbre llora su tristeza;
la nieve la envuelve con su eternidad...;
la soledad tiene blanca la cabeza.
Mis canas son nieve de mi soledad.

RICARDO. Y yo, mientras tanto, formando legiones
armadas corría por toda la tierra,

y extranjeros reyes y fieles barones
se alzaban oyendo mi canción de guerra.
"Aguila aquitana—clamaba mi canto—,
la que un día en Francia tuviste tu corte,
paloma latina que mueres de llanto
por seguir el vuelo del halcón del Norte.
Tú, musa de aquellos bardos provenzales
que por ti tañeron sus dulces bandolas,
confía en tus pueblos franceses leales,
que saben que sufres por ellos a solas.
Levanta tus gritos, que el eco camina
y cruzará un día tu suelo natal;
que suenan tus voces en tierra latina
como las trompetas del juicio final."
Y este canto mío recorre la tierra
y por todas partes fieles huestes hallo,
y catorce años llevo en esta guerra
con la lanza en ristre sobre mi caballo.
En la lucha nunca tuve la ambición
de añadir castillos a las tierras mías...
Sabía que estabas en esta prisión,
y que sollozabas, y que te morías,
y reyes y nobles alcé por salvarte,
y cambiado habría por este castillo
todas sus coronas, y por libertarte,
el mundo lo hubiera pasado a cuchillo.
Duquesa aquitana, reina de Inglaterra,
tus canas y llantos al rey no perdono;
venceré a mi padre, moveré otra guerra;
como tú caíste le echaré del trono.
(*JUAN SIN TIERRA aparece en el foro y queda escuchando.*)
A la frente mía su corona aguardo
ceñir, y al tenerla le daré el castigo
que merece.

LEONOR. (*Viendo a Juan.*)
¡Calla!

JUAN. (*Avanzando.*)
¡Te engañas, Ricardo!

RICARDO. ¿Cómo?

LEONOR. ¡Juan!

JUAN. Te engañas. No cuentas conmigo.
(*Pausa. Leonor ha corrido a los brazos de Ricardo como para defenderle. Ricardo hace un esfuerzo sobre su ira y conteniéndola dice:*)

RICARDO. Hermano, hermano Juan... Sé que en locura
se trocó poco a poco tu ambición,
que a tu madre acrecientas la amargura
siendo, ¡tú!, carcelero en su prisión.
(*Volviéndose a su madre.*)

El llanto que por culpa de Juan lloras
vengaré desde el trono de Inglaterra...

JUAN. No será para ti.

RICARDO. Tal vez ignoras
que pronto habrá otro rey.

JUAN. Sí; Juan sin Tierra.
Toda la estada del castillo es mía;
tu vida ya me pertenece a mí...

LEONOR. ¡Huye, Ricardo!

RICARDO. ¡Nunca!

JUAN. No podría.

RICARDO. ¿Vienes buscando mi existencia?

JUAN. Sí.

LEONOR. ¿Qué dice, santo Dios?

RICARDO. ¿Tú darme muerte?
¿Tan alto honor para tan baja mano?

JUAN. Nadie aquí puede entrar a defenderte...

RICARDO. La paz te brindo si tu madre, hermano,
me pide que el perdón yo te conceda...

JUAN. ¿Brindar la paz tu mano desarmada?

RICARDO. ¿Y cómo piensas tú que nunca pueda
separarse un guerrero de su espada?

(*Al decir esto se rasga fieramente los hábitos, que caen a sus pies, y saca el acero, con el que amenaza a Juan, que retrocede.*)

¿Me tienes miedo ya?

JUAN. ¿Miedo y alerta
mi gente está por si llamarla quiero?

(*Se dirige hacia el foro. Ricardo da un salto, cierra la puerta y, delante de ella, dice a Juan.*)

RICARDO. Ya por dentro cerrada está la puerta
y ante ella, Juan, encontrarás mi acero.
¡Ahora soy yo quien castigarte quiere,
yo que la paz, hermano, te ofrecía!...
¡Defiéndete y veremos el que muere!
¡Tu vida, Juan, para salvar la mía!

(*Le acomete. Juan, desnudando su espada, se defiende. Leonor, desesperadamente, va y viene, mandado una vez, suplicando otra, rogando, en fin, al cielo.*)

LEONOR. ¡Juan! ¡Ricardo! ¡Teneos! ¡Os lo exijo!...
¡A vuestros pies lo ruego sollozando!...
¡Señor, por las espinas de tu Hijo,
salva a los míos, que se están matando.

(*Juan, dominado por la destreza de Ricardo, se ha pegado al muro, donde su hermano le acorrala.*)

RICARDO. ¡Suelta el acero!

JUAN. ¡No!

RICARDO. ¡Pues en tu pecho.
hundiré el mío hasta mi mano diestra!

LEONOR. ¡Muera yo antes!

(*Se mete entre las dos espadas. Ricardo la hiere.*)

¡Ay!

RICARDO. (*Deteniéndose.*) ¡Madre! ¿Qué has hecho?

¡Herida!

(*Fijándose en el hombro de Leonor.*)

JUAN. ¡Sangre!

LEONOR. Sangre, sí. ¡La vuestra!

(*Mientras Ricardo trata de ver la herida de su madre, Juan se dirige al foro, abre la puerta y llama.*)

JUAN. ¡Pronto! ¡Todos venid! ¡Ah de la estada!

RICARDO. ¡Antes a los pies míos he de verte!

(*Va a acometerle de nuevo; por el foro entra FORTUNATO seguido de GANCELMO y varios hombres armados.*)

LEONOR El alcaide.

FORTUNATO. (*A Ricardo.*)

Yo soy. Rinde tu espada.

RICARDO. ¡Jamás!

FORTUNATO. (*A sus hombres.*)

¡Todos a él! ¡Dadle la muerte!

(*Atacan a Ricardo. Leonor trata de impedirlo. Juan la detiene forcejeando con ella.*)

LEONOR. ¡He de salvarle!

FORTUNATO Atadla.

JUAN. No es preciso.

LEONOR. ¡Ten piedad de las lágrimas que vierto!

¡No dejes que le maten!

JUAN. (*Sin soltarla.*) ...

¡El lo quiso!

LEONOR. ¡Yo te maldigo, Juan!

UNA VOZ. (*Dentro, dominando la acción.*)

¡El rey ha muerto!

(*Todos, aterrados, se detienen. Juan suelta a su madre, que se pone delante de Ricardo, frente a los hombres que le atacaban.*)

LEONOR. ¿No oís el grito que nos trae el viento,
fúnebre llave que un reinado cierra
para otro abrir?... ¡Prestad acatamiento
al nuevo soberano de Inglaterra!
Soltad esas espadas de las manos.

FORTUNATO. (*A Juan, después de mirar por el foro.*)
Los nobles vienen a rendirte honores.

GANCELMO. (*Echándose a los pies de Ricardo.*)
¡Perdón, señor! ¡Piedad de estos villanos!

BELTRAN. (*Entrando por el foro y señalando a Juan.*)
Aquí el monarca está.

RICARDO. (*Avanzando.*)
Salud, señores.
(*Detrás de Beltrán han entrado algunos nobles ingleses y franceses. A seguido entra BLONDEL, el trovador.*)

BELTRAN. ¡El príncipe Ricardo!

VOZ. (*Dentro.*)
¡El rey ha muerto!

BLONDEL. Señor, al pueblo hasta el castillo traje;
tu permanencia aquí le he descubierto
y vienen a rendirte vasallaje.

RICARDO. Pues escúchame, Juan. Aquí ha llorado
nuestra madre su llanto de cautiva...
Despídete del mundo que has gozado.
De aquí no has de salir mientras yo viva.
Fortunato.

FORTUNATO. Señor...

RICARDO. Al cielo reza,
porque si Dios desde él no te socorre,
te juro que mañana tu cabeza
colgará de una almena de esta torre.

LEONOR. ¡Hijo!...

RICARDO. ¡Madre!...

LEONOR. ¡Piedad!

RICARDO. La boca cierra.
Y ahora escuchadme todos. La Cruzada
va a comenzar. Hacia la Santa Tierra
yo también partiré con mi mesnada
después de coronarme. Ayuda espero
que vuestras armas a mi espada den
y os juro por mi fe de caballero
que a Roma le daré Jerusalén.
Madre, vamos.

LEONOR. Aguarda. Para Juan
aun espero perdón.

RICARDO. Vana esperanza.
Llevadlos presos. (*Por Juan y Fortunato.*)

BELTRAN. (*A Fortunato.*)
¡Padre!

FORTUNATO. (*Por lo bajo a Beltrán.*)
Adiós, Beltrán.
Hijo, yo te encomiendo mi venganza.
(*Varios hombres armados se llevan a Juan y Fortunato. Leonor suplica.*)

LEONOR ¡Ricardo!...

RICARDO. Basta. Cúmplase la ley.
(*Dirigiéndose al foro.*)
Ya tienes, madre, tu prisión abierta.

VOZ. ¡El rey ha muerto!

RICARDO. (*Saliendo con Leonor.*)
Vamos. (*Todos le siguen.*)

BLONDEL. (*Antes de hacer mutis. En el foro.*)
¡Viva el rey!

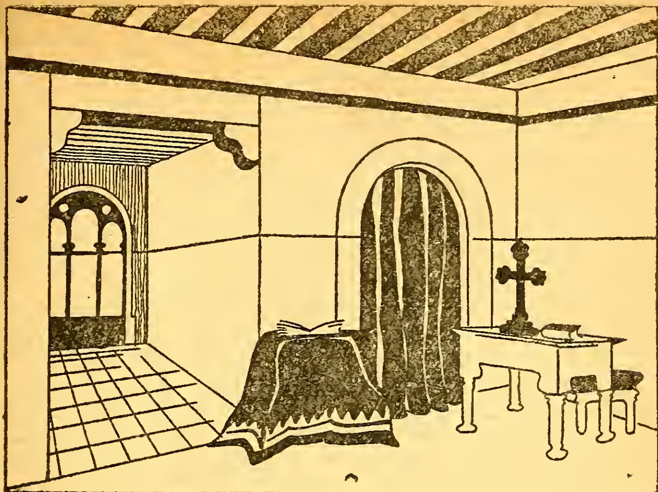
BELTRAN. (*Contestando a Blondel y solo ya en escena.*)
¡Eso será si mi puñal no acierta!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO



CUADRO PRIMERO

"EL PEREGRINO"

Telón corto. Cámara en la mansión real. Sentados a una mesa, y como formando tribunal, JUAN SIN TIERRA, HUGO DE NONAN obispo de Coventry, en funciones de legado del Papa, y un DIÁCONO, que escribe. Tras ellos, en pie, BELTRAN DE GOURDON, GANCELMO y un CABALLERO TEMPLARIO. En el centro de la escena un NOBLE acaba de prestar declaración. Un PAJE, en pie a la derecha.

HUGO. ¿Tienes más que decir?
NOBLE. Nada, señor.
HUGO. ¿Y cuál es tu opinión?
NOBLE. Ya la ves clara:
Ricardo de Inglaterra, nuestro rey,
ha encontrado la muerte en la Cruzada
y no volverá más.
HUGO. Firme el testigo.
(Firma el Noble su declaración, que le tiende el Diácono.)
NOBLE. Dios te guarde, señor.
HUGO. El te acompañe.

(*Sale el Noble por la derecha. Hugo pregunta a Juan.*)
¿Han declarado todos los que fueron
para el caso llamados?

JUAN. (*Mirando una lista escrita.*)
Uno falta.

HUGO. (*Después de repasar la lista que Juan le da.*)
Hacedle aquí llegar.
(*Beltrán da orden al Paje; éste sale, volviendo a aparecer con RANULFO, que avanza.*)
¿Eres el noble
Ranulfo de Newcastle?

RANULFO. Así me llaman.

HUGO. Hace dos años largos que Inglaterra
y todos sus dominios de la Francia
fuero nabandonados por Ricardo,
en ellos rey por la divina gracia.
Tanto el príncipe Juan como los nobles
del Santo Padre la opinión demandan,
y a mí, su siervo, obispo de Coventry,
me ordenó que del caso me informara
y en consecuencia procediera, en nombre
de su infalible potestad cristiana.
¿Juras decir verdad sobre esta cruz?

RANULFO. Lo juro.
(*Tendiendo la mano sobre la que le presentan.*)

HUGO. Dios te oye. Di, ¿formabas
en las huestes del rey desde aquel día
en que marchó para la Tierra Santa?

RANULFO. Formaba en ellas.

HUGO. Pues entonces dinos
cuanto vieras, Ranulfo, en la Cruzada.

RANULFO. Partí, señor, con nuestro rey Ricardo
a conquistar Jerusalén la santa,
venciendo al sarraceno Saladino,
que en su poder la Vera Cruz guardaba,
sagrada enseña que quitó al cristiano
por él vencido en la anterior Cruzada.
Saqueamos Mesina, luego Chipre,
y a Siria al fin llegaron las mesnadas.
Reunidos allí nos encontramos,
junto a Felipe Augusto, rey de Francia,
a todos los cruzados de la tierra
y, al frente de ellos, a Leopoldo de Austria.
Dos años ya, frente a San Juan de Acre,
sin conseguirlo domeñar, llevaban
y el sitio a abandonar se disponían;
pero el mando tomó de las mesnadas
Ricardo de Inglatera y por el mundo
rodó el eco inmortal de sus hazañas.

Era tal su valor, tal su fiereza,
que traía al volver de las batallas
el escudo de flechas erizado;
si algún caballo diestro se espantaba,
gritaban por doquier: "Eso es que ha visto
al rey Ricardo manejar la lanza";
si lloraban los niños les decían
por lo bajo sus madres: "Hijo, calla,
que el rey Ricardo va a venir", y entonces
los niños, asustados, se callaban
y temblando escondían la cabeza
en el calor de la materna falda.
A su valor rindióse el sarraceno,
y gracias a él capituló la plaza.
Cuarenta días dióle a Saladino
para que devolviera a las cristianas
huestes la Vera Cruz y que doscientos
mil besantes en oro le pagara.
Saladino no pudo reunirlos;
al ver cómo la tregua se pasaba,
dos mil infieles degolló Ricardo,
y, al apuntar la nueva luz del alba,
en las almenas vi brillar los ojos
de las dos mil cabezas degolladas.

HUGO. Así crece la gloria del Señor
y así la Cruz de Jesucristo avanza.
¿Qué más?

RANULFO. Alguien le dijo que su hermano.
nuestro príncipe Juan. aquí trataba
de arrebatarle el trono de Inglaterra
y abandonar nos hizo la Cruzada.
Embarcó con sus huestes. Quiso el cielo
que una tormenta desencadenara
en costas de Aquilea; nuestras naves
se hundieron. quilla al cielo, entre las aguas...
¿Cómo se olvidó Dios que por su gloria
dos mil cabezas del infiel sangraban?

HUGO. Sigamos adelante.
(*Eludiendo la respuesta.*)

RANULFO. Con las olas
luché algún tiempo... Clareaba el alba
y abrí los ojos y me hallé tendido
sobre una roca en la extranjera playa.

HUGO. ¿Buscaste al rey?

RANULFO. Dos días y dos noches.

HUGO. ¿Hallaste rastro suyo?

RANULFO. No hallé nada.

HUGO. (*Poniéndose en pie.*)
Príncipe Juan, ya escuchas. Esto es hecho;
pues tu hermano murió, nuevo monarca

Inglaterra tendrá, y esta corona
va, con mis manos, a ceñirte el Papa.
Aviso dadle a la nobleza toda;
en el templo, ante Dios, sobre su ara
vas a prestar el triple juramento
que la Iglesia y tus nobles te demandan.

RANULFO. ¿Y si acaso Ricardo no estuviera
muerto como creemos?

JUAN. Fuera vana
esta esperanza ya. Murió mi hermano.

RANULFO. ¿Pero y si vive y su poder reclama?

HUGO. La Iglesia a Juan le sostendría entonces.

BELTRAN. Y toda la nobleza le ayudara.

HUGO. ¿Vas a decirnos algo más?

RANULFO. Tan sólo
pido, señor, que me otorguéis la gracia
de volverme a mis tierras. Ya soy viejo
y quiero descansar de mi jornada.

HUGO. Ve que al noble heredero de este trono
fieles vasallos van a hacerle falta.

RANULFO. Yo lo siento, señor, mas siempre he sido
servidor de Ricardo, y esta espada
que por él esgrimí cientos de veces
no volverá a servir a otro monarca;
que si Ricardo vive y juramento
de vasallaje yo a otro rey prestara,
cuando Ricardo reclamase el trono
contra él tendría que luchar mi espada.
Y esto no; no será ni aunque lo ordene
la omnipotente voluntad del Papa.
(*Desnuda la espada y la arroja a los pies del obispo.*)
La espada mía a vuestros pies arrojo.
Si alguna vez Ricardo aquí tornara,
guárdala, noble príncipe cristiano,
que, contra el nuevo rey, vendré a buscarla.

MUTACION



CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Un camino de los parques reales. En escena LEONOR y ADELAIDA.

LEONOR. ¿Cómo queréis que os lo pida?
No me digáis más que ha muerto
porque, de ser ello cierto,
¿qué haría yo en esta vida
estando el mundo desierto?

ADELAIDA. Pensando lo mismo, y fiel
a su recuerdo, Blondel
se dió a recorrer la tierra
buscando al rey de Inglaterra
por darte noticias de él,
y dos años que partió
hará ya dentro de poco,
y en su empeño fracasó,
o, acaso, también murió
cuando no ha vuelto tampoco.

LEONOR. Yo espero.

ADELAIDA. Ve, reina mía,
que esta esperanza podría

acabar con tu razón...
Ha muerto.

LEONOR. Mi corazón
no lo ha dicho todavía.
Cuando la noche me encierra
en mi cámara y, a solas,
el sueño mis ojos cierra,
le miro ganar la tierra
tras de luchar con las olas.
Y siento cómo camina,
y cuando seguirle quiero
se lo traga la cortina
de una pesada neblina
en que se esfuma el sendero;
se me va, no sé por dónde;
le llamo, no me responde;
como el corazón me advierte
que esa niebla es la que esconde
los misterios de la muerte,
entrar en ellos deseo,
y como muerto le creo,
mi rezo triste le nombra
y otra vez llegar le veo
para besarme, en la sombra.
Si mi corazón herido
murmura: "¡Cuánto se tarda!",
con acento dolorido
su voz me dice al oído:
"No te impacientes. ¡Aguarda!"
Su noble imagen querida
nunca la logran ver muerta
los ojos de mi ilusión,
y él no perderá la vida
hasta que no me lo advierta
la voz de mi corazón.

(*Llega RANULFO por la derecha.*)

RANULFO. Señora...

LEONOR. ¿Cómo has osado
interrumpir mi paseo
cuando sabes que deseo
huir de toda mi corte?...

RANULFO. Sólo te vengo a pedir
que me permitas partir
a mis dominios del Norte.

LEONOR. ¿Me dejas?

RANULFO. La vida entera
a tu lado seguiría,
pero, al quedarme, sería
necesario que quisiera
pasar por el triste ultraje
de ver mi mano en la mano

de otro nuevo soberano
para jurarle homenaje.

LEONOR. ¿Un nuevo rey? No adivino
de qué me quieres hablar.

RANULFO. (*Señalando hacia la derecha.*)
¿Ves un cortejo marchar
por aquel largo camino?
Pues mira con qué arrogancia
tremolan por todas partes
los germanos estandartes
al lado de los de Francia.
Mira también cómo asoma,
de todos ellos al frente,
la alta cruz resplandeciente
del enviado de Roma.

LEONOR. ¿Dónde van?

RANULFO. A Juan Sin Tierra
hasta el templo seguirán
dispuestos a dar a Juan
la corona de Inglaterra.
Déjame partir te digo
hacia mi feudo del Norte...

LEONOR. Sí; partirás de la corte,
pero partirás conmigo.
Vamos a Francia los dos,
y en mi castillo desierto
pidamos, si no está muerto,
que nos le devuelva Dios.

ADELAIDA. (*Que ha estado mirando hacia la derecha.*)
Señora, ¿no ves que allí
con tus pajes se pelea
un hombre?

LEONOR. Cierto.

RANULFO. Desea
encaminarse hacia aquí.

ADELAIDA. Todos le cierran el paso.

RANULFO. Luchan a brazo partido...

LEONOR. Y el hombre desconocido
escapa y a campo raso
sale corriendo hacia aquí...

ADELAIDA. Se detiene.

LEONOR. Vuelve ahora
a correr.

RANULFO. Vete, señora.

LEONOR. ¿Qué temes?

RANULFO. Temo por ti.

ADELAIDA. No le alcanzan.

RANULFO. Márchate.

ADELAIDA. Puede ser un loco.

RANULFO. Acaso.

(*En este momento irrumpe en escena BLONDEL, envejecido y destrozado. Ranulfo se pone ante él.*)

BLONDEL. ¡Paso!

RANULFO. ¡No!

BLONDEL. (*Apartándole.*)
¡Que me abras paso!
¡Señora, defiéndeme!

(*Y se arroja a los pies de Leonor a tiempo que entran varios pajes que tratan de arrojarse sobre él; Leonor les contiene con la palabra y el gesto.*)

LEONOR. ¡Teneos! ¡Teneos! ¿No veis cómo implora?

PAJE. Hasta ti pedía llegar con sus voces.

LEONOR. Es un peregrino. ¿Qué quieres?

BLONDEL. Señora,
¿envejecí tanto que no me conoces?
¿Ya te has olvidado del trovador fiel
que para tus cantos te daba consejo?

LEONOR. ¡Blondel!

RANULFO. ¡No es posible!

BLONDEL. (*Volviéndose a Ranulfo.*)
Ranulfo.

RANULFO. ¡Blondel!

BLONDEL. Un poco más pobre y un poco más viejo.

LEONOR. ¿Y Ricardo? El día que todos su muerte
lloraban, tú solo dejaste Inglaterra
diciendo: "Si vive yo vendré a traerte
noticias." ¿Le hallaste?

BLONDEL. Corrí mucha tierra,
me fuí hasta las playas en donde las olas
hundieron las naves reales un día...
No le encontré en ellas y, llorando a solas,
tomando la ruta del Norte, volvía.
Cantando marchaba de villa en castillo
por ganar mi vida; llegué bajo una
torre silenciosa que bañaba el brillo
del claro de luna.
Era en Alemania. Durnstein se llama
el lugar en donde la torre se yergue.
En todo castillo siempre hay una dama
que a los que bien trovan les concede albergue,
y canté debajo de la celosía...
De pronto, otra guzla despertó en sonidos
y una voz lejana, de la trova mía
la segunda estrofa mandó a mis oídos.

LEONOR. Prosigue. Prosigue.

BLONDEL. Creí que soñaba.
Y otra canción mía comencé a trovar,
y fin a la estrofa primera le daba
y ya la siguiente comenzó a brotar
por las celosías... Y vi...

LEONOR. ¡Cielo santo!

BLONDEL. Que la voz aquella que en la torre dijo
todas mis canciones temblando de llanto
era, mi señora...

LEONOR. ¡La voz de mi hijo!
¡Sigue, Blondel, sigue!

BLONDEL. Loco de alegría,
¡¡Ricardo!! ¡Ricardo!..., le grité. Después,
salir vi una mano por la celosía
y este pergamino me cayó a los pies.
(Saca de la escarcela un pergamino que Leonor recoge y lee con temblorosa voz.)

LEONOR. "Todo preso, al hablar de su suerte,
en sus frases pondrá el corazón...
Más aún si sus penas convierte
en estrofas de alguna canción.
Muchos deudos y amigos tenía,
¿cómo así me han podido olvidar?
¡Ay de aquel poderoso que un día
no le queda ya nada que dar!
Ve, canción, que te escuchen mis deudos,
mis guerreros y ricos barones,
vuela tú mi canción por mis feudos
poitevinos, ingleses, gascones.
Trovadores, coged mi canción
y cantadla por toda la tierra;
sepa el mundo que muere en prisión
el monarca infeliz de Inglaterra.
A mi madre dirás peregrino
la canción de este rey prisionero.
y que, a solas, mirando al camino
canto, sufro, maldigo y me muero."
¡Hijo de mi alma! ¡Hijo!

ADELAIDA. ¡Al cielo santo
elevemos todos nuestras oraciones!...

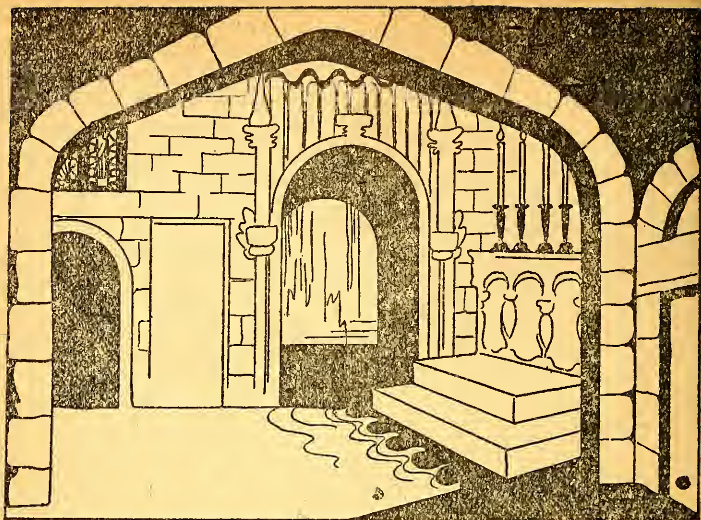
LEONOR. *(Irguiéndose en un arranque de fiereza.)*
¡No es hora de rezos ni es hora de llanto!
¡Si sus crías gimen, rugen los leones!
¿El se haya cautivo? Pues yo libre estoy
para libertarle. ¡Llegad, escuderos!

RANULFO. Señora, ¿qué intentas?

LEONOR. Al Concilio voy.
¡Ensillad mis diestros caballos ligeros!
Si, para quitarle su trono, cautivo
y en lejanas tierras morir se le deja,
gritemos al mundo que el rey está vivo...
¡Blondel, a caballo!
(Saliendo por la derecha.)

RANULFO. ¡Que Dios te proteja!

MUTACION



CUADRO TERCERO

Apenas se hace el oscuro comienzan a oírse los acordes de un órgano y un canto religioso. Al hacerse la luz se ve el interior de la catedral. En el centro, al foro, puerta grande de dos hojas por la que se divisa la campiña. A la izquierda, el altar mayor donde acaban de oficiar un prelado ayudado por dos sacerdotes revestidos. Sentado frente al altar, Hugo de Nonan, obispo de Coventry, en funciones de legado del Papa; le rodea el clero catedral. Arrodillado al pie mismo del altar, Juan Sin Tierra. Tras él los enviados extranjeros y los feudales ingleses; se verán también los estandartes de Inglaterra, Francia, Alemania, Aragón, Cataluña y Roma. Todos los altares estarán iluminados. Habrá además de los personajes indicados, escuderos, caballeros, pajes, hombres de armas, heraldos, etc. Suena el órgano. Se oyen los cantos religiosos de los monjes. El obispo avanza al altar. Desde él bendice a los presentes. Cesan el órgano y el canto de los monjes.

HUGO. Me envía el reverendo pontífice a Inglaterra;
soy legado de aquel que es de todos señor
y dicta mis palabras el hombre que en la tierra
las órdenes recibe del mismo Creador.
(*A Juan Sin Tierra.*)
Por rey todos te aclaman. Oír sólo nos resta
"el triple juramento" que tus labios dirán.

Sobre el libro sagrado tu juramento presta.
¡Dios te lo tome en cuenta, noble príncipe Juan!
(Varios señores feudales, precedidos de Beltrán de Gourdon, acercan la corona arrodillándose a los pies del obispo. Juan, en pie, puesta la espada sobre el libro sagrado, mientras el obispo reza elevando al cielo sus ojos y las manos, presta juramento. Rompe el órgano en acordes majestuosos.)

JUAN. "Juro, ante Dios que me oye, ser un rey justiciero;
acabar con las malas costumbres que haya visto,
y, a costa de mi sangre, defender con mi acero
a la Iglesia, a los clérigos y al vicario de Cristo."
(Se arrodilla. El obispo toma la corona.)

HUGO. Con la bendición suya te hago rey de Inglaterra
y esta noble corona ciño sobre tu frente.
Que la ayuda del cielo te acompañe en la tierra.
(En el momento que va a dejar la corona sobre la frente de Juan, en la puerta del foro aparece LEONOR DE AQUITANIA en la situación que exige el momento dramático que representa. La siguen RANULFO y BLONDEL. Desesperada sube hasta las gradas del altar.)

LEONOR. ¡Deteneos en nombre de Dios Omnipotente!
(Al grito de Leonor todos se ponen en pie. Cesa el órgano.)
¡Ofende a Dios quien a su rey traiciona!
Si sabes, Juan, que el rey aun está vivo,
¿cómo intentas ceñir esa corona
dejándole morir solo y cautivo?
(A Hugo.)
Escucha, noble príncipe cristiano;
en presencia de Dios jurarlo quiero;
por Leopoldo de Austria, el soberano
de Inglaterra se encuentra prisionero.

HUGO. ¿Tienes las pruebas?

LEONOR. *(Dándole el pergamino.)*
Sí; toma y decide
cómo al preso monarca se rescata...

JUAN. ¿Y el duque de Austria qué rescate pide?

BLONDEL. Ciento cincuenta mil marcos de plata.

LEONOR. El vasallaje impone este servicio
a cuantos sois sus nobles y sus deudos...

JUAN. Pides un imposible sacrificio.

BELTRAN. Exiges que arruinemos nuestros feudos.

LEONOR. *(Viendo que los nobles bajan la cabeza sin responderla, se vuelve suplicante al obispo.)*
Oyeme tú que ostentas el divino
poder. Tu triste sierva Leonor
se lo pide a su padre Celestino,
pontífice por gracia del Señor.

De desvalidos eres, Padre Santo,
apoyo y protección, guía y consuelo...
¡Apiádate de mí! ¡Mira mi llanto!
¡Dame a mi hijo y me darás el cielo!
¡A tu excelsa piedad consoladora
mis ruegos y mis lágrimas dirijo!...
¡Ten piedad de esta madre que te llora!
¡Pontífice de Dios, salva a mi hijo!
(Leonor cae sollozando a los pies de Hugo de Nonan, que la contempla indeciso. Al no escuchar respuesta, Leonor alza poco a poco la cabeza.)
¿También callas, señor? ¿A mi agonía
tu silencio responde y en la tierra
no hay compasión para la pena mía?
¡Pues bien; Ricardo volverá a Inglaterra!
A mi ducado de Aquitania iré;
de puerta en puerta pedirán mis manos,
y lo que de vosotros no logré
me lo darán mis buenos aquitanos.
He de hallar su rescate aunque yo arda
de Satanás en el suplicio eterno;
que si el infierno su rescate guarda
yo bajaré a buscarlo hasta el infierno.
¿A vosotros llorando me dirijo
y no os conmueve mi dolor profundo?...
¡Yo le libertaré! ¡Aguarda, hijo!
¿Contra ti el mundo está? ¡Yo contra el mundo!
(Como hablando con un ser imaginario y dirigiéndose fieramente hacia el foro mientras cae el TELON.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO



CUADRO PRIMERO

EL MONJE DE MONTIERNEUF

Decoración dividida. A la derecha campo en las cercanías de Roitiers, donde está enclavado el castillo feudal de "Alianor de Aquitania", que será visible a lo lejos, sobre un monte, presidiendo la campiña. En el foro derecha, el histórico Monasterio de Montierneuf, de puerta practicable y como ocupando las primeras estribaciones de un monte. A la izquierda interior de un mesón. Comunica por una puertecilla con el resto de la escena. Otra puerta a la izquierda.

(Al levantarse el telón llegan por la derecha hombres y mujeres del pueblo, que penetran en el monasterio. El MESONERO va y viene dentro del mesón. Sentados a una mesa, un ARRIERO y un HOMBRE del pueblo. El MOZO del mesón mira desde la puerta.)

ARRIERO. Mesonero.

MESONERO. Diga el hombre.

ARRIERO. ¿Echaste a las mulas pienso?

MESONERO. Se lo eché.

ARRIERO. Falta les hace
porque hemos de partir luego.
(Al hombre del pueblo.)
¿Y a qué viniste aquí,
buen hombre, desde tan lejos?

HOMBRE. Cosas de mujeres. Supo
la mía que en este feudo
de Aquitania hoy predicaba
cierto monje milagrero,
y, mi mujer, a pedirle
vino a ese monje, o al Cielo,
el milagro de algún hijo,
ya que ninguno tenemos.

MESONERO. Ese monje es todo un santo,
y créeme que, a quererlo,
conseguirá que te vengan
hijos a pares y a cientos.

ARRIERO. *(Incrédulo.)*
¿Con que es santo?

MESONERO. Tal se dice.
Y todo mueve a creerlo.
Sus prédicas, sus bondades,
su vivir noble y austero,
su piedad para con todos,
y hasta ese mismo misterio
con que llegó y en el que
aún le miramos envuelto.

ARRIERO. Que mi alma lleve el demonio
si te entiendo, mesonero.

MESONERO. Ha cinco años, por mi cuenta,
llegaba a ese monasterio,
con la clara luz del alba,
un gallardo caballero.
El y el prior en la celda
parlaron de largo; luego
salieron de ella; nuestro hombre,
ya con los hábitos puestos,
por un trozo de estameña
llevaba el rostro cubierto.
Comenzaron sus bondades;
es sapiente en el consejo;
pide limosna, la da
y hace milagros sin cuento;
salva de la muerte a muchos;
devolvió la vista a un ciego;

cerró llagas de leprosos
con solo extender un dedo,
y a una moza, el otro día,
sacó el demonio del cuerpo.

HOMBRE. (*Poniéndose en pie temeroso.*)
Hasta más ver.

ARRIERO. ¿Dónde vas?

HOMBRE. ¿Dónde, sino al monasterio?
Si mi mujer pide hijos,
yo pediré no tenerlos,
y, si Dios no oye mis súplicas
y atiende al monje, prometo
que me hago fraile también,
y, entonces, que vea el cielo
ya que nos manda los hijos
el modo de mantenerlos,
(*Sale del mesón, cruza la escena y entra en el Monasterio.*)

ARRIERO. (*Riendo.*)
Va como quien lleva el diablo.
(*Pagando.*)
Cobra el gasto, mesonero.
(*Salen por la izquierda el arriero y el mozo. A poco salen del Monasterio BELTRAN y GANCELMO.*)

GANCELMO. Señor, este es el lugar
y el mesón que dije, aquel.
Por Dios, que no has de encontrar
ningún sitio como él.

BELTRAN. Sepamos si en la elección
has tenido buen acierto.
(*Llamando.*)
Mesonero, ¡ah del mesón!

MESONERO. Empujen, porque está abierto.
(*Beltrán y Gancelmo entran en el mesón.*)
Dios guarde a la buena gente.
¿Qué busca el recién venido?

BELTRAN. Un mesonero prudente
y un mesón no concurrido.

MESONERO. Encontraste lo primero.
Si pagas bien mi prudencia
no hallarás en tu existencia
más prudente mesonero.
(*Con fingida vanidad.*)
Mas, señor, el mesón mío
siempre está lleno de gente,
y es encontrarlo vacío
casualidad no frecuente.

GANCELMO. Dos veces estuve yo
y encontré esta soledad.

MESONERO. Sería que aconteció
la misma casualidad.

BELTRAN. Calle el pícaro, si aprecio
del negocio sabe hacer,
que para subir el precio
engañar no es menester.
(*Echándole una bolsa con dinero.*)
Ahí tienes, viejo ladino.
Ya ves que no suena a hueca.

MESONERO. Vuestro es el mesón.

BELTRAN. Trae vino.
que tengo la boca seca.
(*El Mesonero hace mutis por la puertecilla de la izquierda.*)

GANCELMO. Y ahora cuéntame, señor,
cómo has podido llegar
hasta Poitiers y no dar
con la reina Leonor,
cuando, al ver que aquí se vino,
orden te dió Juan Sin Tierra
de que al dejar Inglaterra
le salieses al camino.

BELTRAN. Al tocar tierra francesa
la seguí con intención
de recluirla a prisión,
según a Juan le interesa.
Me llevaban medio día
de ventaja en cabalgar,
y no les pude alcanzar
en toda la Normandía.
Sin descanso galopé...
Tras de una jornada buena
atrás deje la Turena,
y, al dar en Tours, supe que
cerca del alcance mío,
ella y su acompañamiento
el Loir, en aquel momento,
cruzaban. Llegué hasta el río,
y tomando por asalto
las barcas que encontré allí,
caballos y hombres metí.
A la opuesta orilla salto,
debajo de un sol de fuego,
y los veo galopar
ya cerca de mí y entrar
en un bosque. Cuando a él llego
pierdo de vista a los tres,
los busco, pero no hallo

ni los rastros de un caballo
ni las huellas de sus pies.

GANCELMO. Pues ya has visto que a Dios ruega
en ese templo vecino
la reina Alianor...

MOZO. (*Entrando con el mesonero.*)
El vino.

MESONERO. Lo mejor de mi bodega.

BELTRAN. Acércate, mesonero,
que la bolsa que te di
fué por servirme de ti.

MESONERO. Ordéneme el caballero
cuanto le viniere en gana.

BELTRAN. Pido una estancia desierta
con cerrojos en la puerta
y rejas en la ventana.

MESONERO. Si no te parece mal
que dé la estancia al camino...

BELTRAN. Te advierto que la destino
a una dama principal.
Desde ahora dejas abierta
esa extraña habitación
y a nadie de tu mesón
le vuelves a abrir la puerta.
(*Con sorna.*)
Que si el mesón es tan bueno
que ahora se halla en soledad
por pura casualidad,
puesto que siempre está lleno
de gente, tal es su fama,
consuélate de este mal.
que dama tan principal
no vino como mi dama.
Debes hablar con mesura
y ver y no preguntar,
y mucho menos mirar
por ninguna cerradura,
que si alguna vez te encuentro,
buen hombre, en tal situación,
le prendo fuego al mesón
con el mesonero dentro.
Ahora ve, por vida mía,
si a servirme te decides...

MESONERO. ¿Y qué haré, cuando lo pides
con tanta cortesanía?
Manda como dueño aquí...

BELTRAN. Pues tu mesón tiene fama,
que no se queje la dama
de tu mesón ni de mí.
(*Se marcha seguido de Gancelmo, en tanto que van saliendo del monasterio HOMBRES y MUJERES*

del pueblo. También salen LEONOR, BLONDEL y RANULFO vestidos de peregrinos.)

BLONDEL. La tierra donde naciste
pisas ya.

LEONOR. Y en ella pierdo
el valor; medrosa y triste
va arrancando mi memoria
de cada muro un recuerdo,
de cada piedra una historia.

(Mira a su alrededor; de pronto pone sus ojos en el lejano castillo y queda con la vista clavada en él.)

RANULFO. En tus ojos veo el brillo
de las lágrimas, señora...

LEONOR. El alma en mis ojos llora
contemplando mi castillo.

RANULFO. Pero esas gentes, Blondel,
¿qué murmuran, qué se cuentan?

BLONDEL. El raro sermón comentan,
todos extrañados de él.

LEONOR. Yo no lo entiendo tampoco;
no sé, tras lo que he mirado,
si es el monje encapuchado
santo, pecador o loco.
Hablaba con mansedumbre,
de pronto, se fijó en mí,
comenzó a temblar y vi
que echaban sus ojos lumbre
tras el trozo de estameña
con que su rostro tapaba;
y cuando en mí se fijaba,
por su mano marfileña
cruzó un extraño temblor,
y cuando el monje decía:
"¡Que Dios te salve, María... !",
gritó de pronto: "¡Leonor!",
y me miraba entretanto
que en desesperada lucha
estremecíase el santo,
y acaso rodó su llanto
debajo de su capucha.

BLONDEL. Las gentes ese sermón
comentan con inquietud...

LEONOR. Tañe, Blondel, tu laúd
para llamar su atención...
(Blondel de Neele tañe el laúd.)

UNA MUJER. Un trovador.
(Por Blondel.)

UN HOMBRE. Son juglares.
que deben ir de camino.

UN PASTOR. Toca bien el peregrino...
UNA MUJER. Vamos a oír sus cantares...
(La gente forma corro alrededor de Leonor, Blondel y Ranulfo.)
OTRA MUJER. ¡Canta una trova de amor!
UN PASTOR. ¡La del rey y del hechizo!
UN HOMBRE. ¡O alguna de las que hizo
Bernardo de Ventadorn!
(Salen del mesón el MOZO y el MESONERO. Se hace el silencio. A compás de la música del laúd que tañe Blondel, Leonor de Aquitania va a decir su trova entre la general atención, cuando se oyen voces.)
UNA VOZ. ¡Apartad!
UN HOMBRE. ¿Qué ocurre, di?
UN PASTOR. ¡Dejad paso al caballero!
UNA MUJER. También llega el pregonero...
UN HOMBRE. Silencio. Ya están aquí.
(Entran por la derecha BELTRAN y GANCELMO seguidos de varios hombres de armas. Se hace el silencio. A una indicación de Beltrán, suenan los tambores y Gancelmo se adelanta y lee:)
GANCELMO. "Nos, el príncipe Juan, una vez coronado rey por el cardenal legado del reverendo padre Celestino, pontífice por la gracia de Dios, hago saber: Que, habiendo muerto el noble príncipe Ricardo, será excomulgado por nuestra Santa Iglesia y arrastrado como reo de alta traición todo aquel vasallo que no rinda pleito y homenaje ante mí, Juan, rey de Inglaterra, señor de Normandía, Maine, Turena, Poitu, Guyena y Aquitania."
(Murmullos. Leonor trata de interrumpir. Blondel y Ranulfo la contienen.)
"Asimismo hago saber que una aventurera, desterrada de nuestros dominios por artes de hechicería, ha vuelto a ellos haciéndose pasar por nuestra noble madre Leonor, y mandamos a cuantos nos deben acatamiento que si la encuentran la arrojen de sus tierras, así como a dos impostores que la acompañan haciéndose pasar por nobles caballeros..."
LEONOR. *(Avanzando fieramente.)*
El es el impostor, pueblo aquitano...
Sabed, fieles vasallos, que está vivo
Ricardo, vuestro noble soberano,
que llora el triste llanto del cautivo.
BELTRAN. ¿Quién es esta mujer?
LEONOR. ¡Está mi frente
por vosotros, vasallos, coronada!
BELTRAN. ¿Sabéis quién es esta mujer demente?
UN HOMBRE. ¿Quién es, señor?
OTROS. ¿Quién es?
BELTRAN. ¡La desterrada!

UN HOMBRE. ¡La impostora!

LEONOR. ¿Qué dicen?

UN HOMBRE. ¡Dadla muerte!

OTRO. ¡A pedradas echemos la hechicera!

RANULFO. *(Desnudando la espada.)*
¡A ellos!

LEONOR. ¿Qué vais a hacer?

BLONDEL. *(Imitando a Ranulfo.)*
¡A defenderte!

(Se ponen frente a la multitud que los acosa.)

UN HOMBRE. ¡Matémosles!

OTRO. ¡Muera la bruja!

OTROS. ¡Muera!

(Acosan a Blondel y a Ranulfo, que con sus cuerpos y sus espadas defienden a Leonor, retrocediendo hasta la puerta del mesón.)

BLONDEL. Al mesón, al mesón...

RANULFO. Pronto, señora...
Contra enemigo tal no hay quien resista...

(Leonor entra en el mesón; Blondel y Ranulfo, siempre defendiéndose y retrocediendo, entran también.)

RANULFO. La puerta... Así...

BLONDEL. *(Cerrando.)*
A defendernos ahora.

MESONERO. *(Haciendo la señal de la cruz.)*
¡Una bruja en mi casa!... ¡Dios me asista!

BELTRAN. ¡Prended fuego al mesón!

(En la puerta del monasterio aparece, siempre con la capucha echada, el MONJE DE MONTIERNEUF, seguido de otros monjes.)

RANULFO. ¿Van los villanos
a ponernos, tal vez, en cautiverio?

UN HOMBRE. ¡A la hoguera con ellos!

MONJE. ¡Aquitanos,
abrid paso al prior del monasterio!

(Su voz domina la de todos. Al oírla, la actitud del pueblo se torna sumisa y el monje avanza hasta el mesón.)

UNOS. ¡El monje!

OTROS. ¡El santo!

OTROS. ¡Hagámonos a un lado!

LEONOR. ¿Por qué callan ahora?

BLONDEL. ¿Quién lo acierta?

MONJE. ¡Abrid!
(Llamando en el mesón.)

LEONOR. ¿Quién es?

BLONDEL. *(Que observa por la mirilla.)*
Un monje encapuchado.

MONJE. ¡En el nombre de Dios, abrid la puerta!

(*Leonor abre. El monje entra en el mesón.*)

LEONOR. ¿Qué pretendes de mí?

MONJE. Tal vez, señora,
el cielo me envió como testigo
de tu dolor para salvarte. Ahora,
duquesa de Aquitania, ven conmigo.

VOCES. ¡Ya salen otra vez!

UN HOMBRE. ¡Paso al prior!

MONJE. Pueblo aquitano, esta mujer que humillas
es tu amada duquesa Leonor.
Sal conmigo tranquila... ¡De rodillas!
(*El pueblo se arrodilla temeroso. Beltrán y los suyos se alejan. El monje se vuelve a Leonor.*)
Háblales tú, señora.

LEONOR. (*Avanzando.*)
Prisionero
vive, hace años, en lejana tierra,
el duque de Aquitania, mi heredero,
vuestro señor, Ricardo de Inglaterra.
Y persiguen sus nobles y sus deudos
a quien, conmigo, de salvarle trata
y se niegan a darme de sus feudos
ciento cincuenta mil marcos de plata.

UNA MUJER. ¡Que el cielo los maldiga!

MONJE. ¿Dejaremos,
como ellos, al monarca abandonado
también nosotros?

VOCES. ¡No! ¡Le salvaremos!

MONJE. Reina Leonor, dispón de tu ducado.
(*Habla bajo con un monje, y éste entra en el monasterio.*)

MESONERO. Nuestros alodios se pondrán en venta.

UN HOMBRE. Te dará tu pechero cuanto gana...

CABALLERO. Los nobles la mitad de nuestra renta...

UN PASTOR. De mis rebaños te daré la lana.
(*Dos monjes salen del monasterio, poniendo ante la reina un arcón.*)

MONJE. Todos libertaremos al monarca
de su cruel y largo cautiverio.
Y para dar ejemplo, en este arca
sus tesoros te da mi monasterio.

LEONOR. ¿Quién eres tú, señor?

MONJE. Un pobre hombre
que un pecado mortal sin cesar llora.
Apenas si recuerdo ya mi nombre.

RANULFO. Vamos a tu castillo, mi señora.

LEONOR. Que a ti tu lealtad premie el Señor.
(*Al monje.*)

MONJE. Dad todos a la reina comitiva.
(*Leonor besa la cruz del monje y parte seguida de los aquitanos, de Blondel y de Ranulfo.*)

UN HOMBRE. ¡Viva nuestra duquesa Leonor!

UNA MUJER. ¡Viva la reina de Inglaterra!

VOCES. ¡Viva!

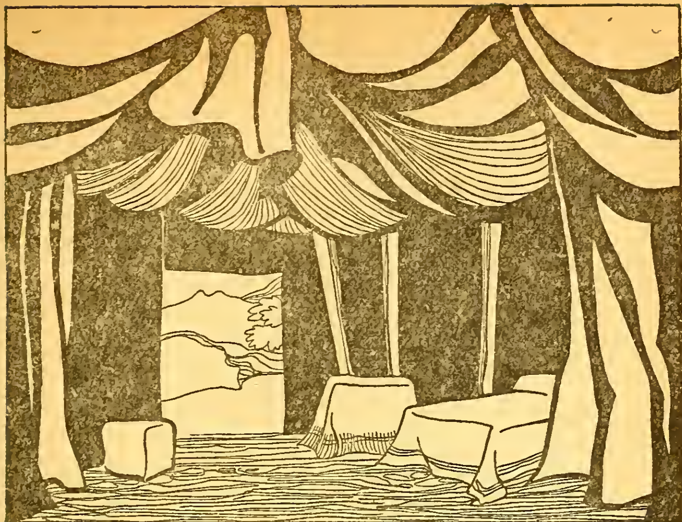
(Se oyen, hasta que acaba el cuadro, las voces y el bullicio de los aquitanos, que se alejan vitoreando a la reina. El monje dice a sus compañeros:)

MONJE. Escuchadme vosotros. Necesito
que recéis por mi espíritu cristiano...
(Mirando al foro mientras los monjes se arrodillan y comienzan a rezar.)
¡Leonor! ¡Leonor!
(En un arranque de pasión y aterrorizado de su pensamiento, más tarde:)
¡Estoy maldito!
¡Piedad para mi espíritu precito
que arde en la hoguera del amor profano!
¡Dame, Señor, la paz de tus consuelos,
y aleja de mi alma la discordia!...

LOS MONJES. *(Rezando.)*
Padre nuestro, que estás en los cielos...

EL MONJE. *(Desesperadamente.)*
¡Misericordia, Señor, misericordia!

MUTACION



CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Interior de una tienda de campaña. En escena JUAN SIN TIERRA y dos GUERREROS.

UN GUERRERO. Cansada mi lanza se halla.
OTRO. Fatigada está la mía.
UN GUERRERO. Esto de que no haya día
que no entremos en batalla
para ir saqueando fieros
castillo tras de castillo,
pasando luego a cuchillo
a los que hace prisioneros,
me harta ya.
OTRO. No hay en la tierra
paz que dure desde la hora
que la reina, mi señora,
a Ricardo de Inglaterra
libertó.
UN GUERRERO. ¡Con qué razón,
por ser más fiera que hombre,
le dan hoy el sobrenombre
de Corazón de León.

JUAN. Goza asolando la tierra
y al clérigo y al seglar
les hace diezmos pagar
para proseguir la guerra.

UN GUERRERO. Por sus feroces acciones
sus vasallos le maldicen...

OTRO. Contra él en los templos dicen
insultos y excomuniones.

UN GUERRERO. Si en la aventura a ayudarme
todos dispuestos se hallaran,
cuántos males se acabaran...

JUAN. ¿Y qué harías?

UN GUERRERO. Sublevarme,
destronarle por razón
de fuerza.

OTRO. No hay mejor ley.

UN GUERRERO. Dadme un hombre como el rey
y hago la sublevación.

JUAN. Sigamos siendo testigos
de todo cuanto ahora ocurra.
Cada día que transcurra
él tendrá más enemigos.

(Entra RICARDO y queda atento a lo que hablan los guerreros.)

UN GUERRERO. ¡Vive Cristo, que si existo
y no cambia en lo futuro,
el mejor día yo os juro...!

(Ve a Ricardo y enmudece.)

RICARDO. Continúa, ¡vive Cristo!
Prosigue, murmurador,
¿qué harías el mejor día?
Contesta, por vida mía,
o te apaleo...

UN GUERRERO. Señor...

RICARDO. Prosigue con tus razones...

JUAN. Ten prudencia

RICARDO. ¿Pues no ves
que no arrojo a puntapiés
a ese par de bravucones?
Marchaos.

(Salen los guerreros.)

JUAN. Entra en razón,
Ricardo.

RICARDO. ¿Qué?

JUAN. Que hagas caso
de tantas quejas.

RICARDO. ¿Acaso
te he pedido tu opinión?

JUAN. Vuelve al gobierno olvidado
y esta contienda abandona

o perderás la corona...

RICARDO. ¿Y eso te trae con cuidado?
A no oírte, no creyera
que esas palabras dijiste...
¡Con todo lo que tú hiciste
para que yo la perdiera!
Y aun tramas mi perdición
y, si no te castigué
cuando me vi libre fué
porque ¡"Dale tu perdón"!
nuestra buena madre dijo...
Si te respetó mi mano,
no des gracias al hermano
por lo que debes al hijo.
Y ya de ahora en adelante,
tus cuidados abandona
respecto de mi corona,
porque no hay fuerza bastante
a quitarme el cetro. En vano
el mundo lo intentaría;
para lograrlo, tendría
que cercenarme la mano
a que mi cetro va unido;
sólo así podrás cogerlo,
más procura, Juan, hacerlo
cuando me encuentres dormido.
Si no duermo, ¡vive Dios!,
que lo pienses bien, hermano...
Querer cortarme una mano
puede costarte las dos.

(Entra RANULFO.)

RANULFO. Señor...

RICARDO. ¿Qué pasa, Ranulfo?

RANULFO. Hasta diez hombres armados
llegaron al campamento.

RICARDO. ¿Y no habéis averiguado
quiénes son?

RANULFO. Dos caballeros
feudales, que tus vasallos
se dicen, y otros dos nobles
de la Orden de los Templarios,
cada uno con su escudero.
También llega, acompañándolos,
Hugo de Nonan, obispo
de Coventry, que es legado,
según los sellos que ostenta,
del pontífice romano.

RICARDO. Puedes volver donde están
y decir que les aguardo.

RANULFO. ¿Deben sus armas dejar?

RICARDO. Acerca esa espada, hermano,

cíñemela a la cintura,
y deja que entren armados.
(*Sale Ranulfo. Ricardo se dirige a Juan.*)

RICARDO. Ahora, escúchame un consejo:
los que ahí están esperando
son los mismos que han querido
verte en mi trono sentado...
Pues bien, que no adviertan hoy
que aun tienes el insensato
sueño de querer quitarme
lo que darte no lograron.

HUGO. (*Aun desde fuera.*)
¿Dónde está el rey de Inglaterra?

RICARDO. Aquí, señor, y aguardando.
(*Entran el obispo HUGO DE NONAN, dos TEMPLARIOS y dos CABALLEROS.*)
Sed bienvenido, señor,
y vosotros, caballeros,
bien venidos. A saberos
tan cerca, con todo honor
hubiera sido mi intento
recibiros, mas pensad
mi sorpresa y perdonad
tan pobre recibimiento.
Sois mis amigos, señores,
y que os aposenten bien
mandaré.

HUGO. Venimos en
calidad de embajadores.

RICARDO. ¡Cómo me apena el oírte!...
Debiste haberme avisado
y lo habría preparado
todo para recibirte
con el honor que mereces...
¡Que vengan mis servidores!
¡Tenemos embajadores!
Haz tú de heraldo las veces.
(*A Ranulfo.*)
(*Entran varios guerreros, que esperan respetuosos las órdenes de Ricardo.*)
Sin avisar... No os perdono...
Esto con tiempo se advierte...
He aquí una peña tan fuerte
que va a servirme de trono.
Mi casco me hará servicio
de corona y esta espada
de cetro. No falta nada.
Heraldo, cumple tu oficio.

RANULFO. ¡Señores embajadores!
UN TEMPLARIO. ¡Vive Cristo!
(*Con la mano en la espada.*)
HUGO. ¡Si no fuera!...
RANULFO. ¡Llegad, el rey os espera!
RICARDO. Llegad hasta mí, señores.
HUGO. Sólo tus burlas tolero
porque he de decirte mucho...
RICARDO. A disponerme te escucho,
pero el ritual es primero.
Heraldo, vuelve a empezar.
RANULFO. ¡Llegad, el rey os espera!
(*Todos avanzan, conteniendo la indignación.*)
RICARDO. Bien venidos
(*A Hugo.*)
Considera
que te olvidas saludar.
¿Quién te manda, embajador?
HUGO. El Santo Padre me envía,
monarca.
RICARDO. ¡Por vida mía,
que va saliendo mejor!
HUGO. En nombre suyo te digo
que es el camino que toma
tu vida, contrario a Roma,
que aun te tiene por su amigo.
Asolas tu misma tierra,
no respetas ni los feudos
ajenos. Nobles y deudos
te han declarado la guerra.
UN NOBLE. Cobras diezmo al que disfruta
de alodio, predio o castillo,
y haces pasar a cuchillo
a todo el que no tributa.
UN TEMPLARIO. Con tus hombres sanguinarios
a los templarios osaste.
RICARDO. Es verdad, más olvidaste
que a mí osaron los templarios.
HUGO. La Iglesia también está
protestando contra ti...
RICARDO. Pues, ¡voto a Cristo!, que si
me molesta, callará.
HUGO. En nombre del Padre Santo,
Ricardo, rey de Inglaterra,
vengo a que acabe la guerra;
a que les des fin a tanto
daño, a cambio del perdón.
En su nombre te lo digo:
si no me oyes, por castigo,
te dará su excomunión.

RICARDO. ¿Terminaste?
HUGO. He terminado.
RICARDO. Pues a contestarte voy,
y te juro por quien soy
que vas a ir bien contestado.
Si en fiera me he convertido
es porque así lo han querido
los que tuve por leales,
estos señores feudales
que en la prisión me han tenido
a mi libertad contrarios,
y también culpables son,
de aquella larga prisión,
los caballeros templarios
que aprovechando su título
me traicionaron a mí...
(*Volviéndose al templario.*)
En cuanto salga de aquí
disolveré tu capítulo.
(*Otra vez a Hugo.*)
Arrebatarme, señor,
quisieron trono y honores,
y ellos me fueron traidores
y tú me fuiste traidor.
Sabes que digo verdad;
lo harás al Papa saber
y hará en vosotros caer
las culpas de mi maldad;
pues si mi culpa es de otros
y él me da su excomunión,
obrando en justa razón
lo hará también con vosotros;
dile tú que sólo así
daré fin a mi despecho,
y aun me doy por satisfecho
con que te excomulgue a ti.
HUGO. Señor, con tu vanidad
a la Iglesia en mí profanas.
La avaricia y sus hermanas,
soberbia y sensualidad,
tus hijas son; te aconsejo
que las separes de ti.
RICARDO. Voy a obedecerte; así
que la avaricia les dejo
a los monjes mercenarios
para que la hagan su esposa;
les doy, como más hermosa,
la soberbia a los templarios
y, porque veas que quiero
servirte con lealtad,

te doy la sensualidad
para consorte del clero.

(En este momento se oye disputar fuera, y a poco entra, seguido de un guerrero, el MONJE DE MONTIERNEUF, que se echa a los pies de Ricardo.)

MONJE. ¡En nombre de Dios, dejadme
porque al rey tengo que hablar!

RICARDO. ¿Qué ocurre?

MONJE. *(Entrando.)*
Señor...

RICARDO. Un monje...

MONJE. ¡Corred, corred, preparad
vuestra mesnada y seguidme
porque la quieren matar!

RICARDO. ¿A quién? ¡Responde!

MONJE. A la reina.

RICARDO. ¿A mi madre?

MONJE. Sí.

RICARDO. ¡Hablarás
de una vez! ¿De dónde vienes?

MONJE. De Poitiers, en donde está
su castillo.

RICARDO. ¿Qué ha pasado?
Pronto, di.

MONJE. Que al clarear
el día, huestes armadas
cayeron sobre el lugar,
prohibiéndole a tus vasallos,
bajo pena capital,
ni a las puertas acercarse
ni a las murallas llegar.
Dejaba yo el monasterio
y del castillo feudal
vi salir algunos hombres
y sobre un caballo atar
a tu madre amordazada.

RICARDO. Sigue...

MONJE Partieron...

RICARDO. ¿Qué más?

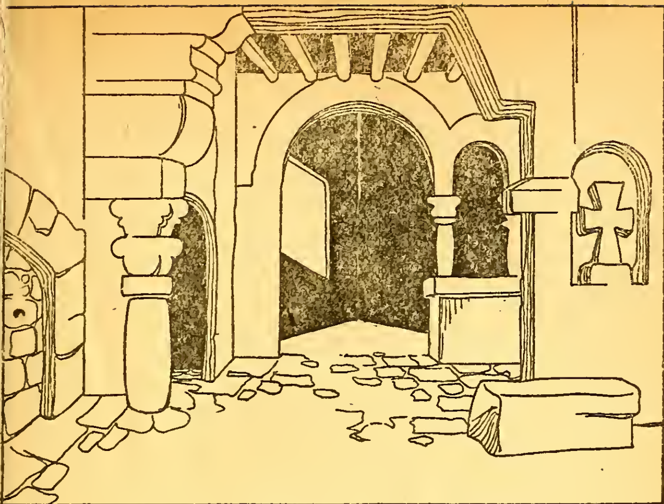
MONJE ¡A Limoges! ¡A Limoges!,
gritaban al galopar
de sus caballos. Entonces
salté sobre un alazán
y, cuando iban los guerreros
la última puerta a cerrar,
espoleé mi caballo,
señor, con violencia tal,
que atropellando a los unos,
sorprendiendo a los demás

y sorteando una nube
de flechas que sin cesar
me disparaban, metíme
de pronto en el matorral
al increíble galope
de mi caballo alazán.

RICARDO. (*Se vuelve fieramente hacia Hugo.*)
Mi enemigo, ya lo has visto,
a mi propia madre toma
en rehenes. ¡Vuélvete a Roma
y ante el vicario de Cristo
di que va a ser la venganza
mi compañera futura!...
¡Que nadie deje su lanza
ni desate su armadura!
¿Conque a mi madre aprisionan?
¿Conque desprecian mi ley?
¿Conque de orgullo blasonan
delante del mismo rey?
¡Corra su sangre a mis plantas
en río rojo y profundo!...
Maldades haré yo tantas
que no quepan en el mundo.
Por las llamas devorados
vais a ver todos los feudos,
y no serán respetados
ni mis nobles ni mis deudos.
Mientras dure su arrogancia
y con mi madre no dé,
ni en Inglaterra ni en Francia
quedará un castillo en pie.
¿Me vieron preso llorar?
¿Nadie libertarme quiso?
¡Juro que van a temblar
las mismas piedras que piso!
Mi madre encontrar deseo,
temblad si muerta la hallo...
¡A la matanza, al saqueo!
¡Mi caballo! ¡Mi caballo!
(*Gritando desesperadamente sale de la tienda, mientras todos permanecen aterrados.*)

TELON

ACTO QUINTO



LA BATALLA

Torreón en el castillo de Limoges. Está cercado por el almenar. A la derecha, una puerta pequeña. LEONOR, impaciente, va y viene. Entra BLONDEL.

BLONDEL. En vano fuera intentar
de este castillo escapar,
señora, que en cada puerta
existe un guardián que, alerta,
no cesa de vigilar.
Al almenar me he asomado
de este castillo roquero
y hallé un arquero apostado;
al verme me ha disparado,
con sus flechas, el arquero.
(*Entra BELTRAN, que queda escuchándoles.*)

LEONOR. ¿Y no he de saber siquiera
a quién obedecerán
los que vigilando están

tras de hacerme prisionera?

BELTRAN. A mí, señora.

LEONOR. Beltrán

BELTRAN. Vete, Blondel.

LEONOR. ¿Cómo así?
mandas delante de mí?

BELTRAN. De buen grado se va él
o le hago salir de aquí
por fuerza.

LEONOR. Vete, Blondel.

(Sale Blondel. Leonor se vuelve hacia Beltrán y dice altivamente.)

Mi mandato y tu deseo
cumplidos a un tiempo están.

BELTRAN. Mujer, altiva te veo.

LEONOR. Desde niña, según creo,
he sido altiva, Beltrán.

BELTRAN. De altiveces ya no es hora;
¿no ves que mando yo aquí?

LEONOR. ¿Te has vuelto loco, que ahora
a la reina, tu señora,
te atreves a hablar así?
Sin la guerra declarar,
sin que nadie te resista,
¿cómo has osado asaltar
mi feudo y en él entrar
como en tierra de conquista?
¿Cómo, viéndola indefensa
a todo ataque enemigo,
a la reina haces la ofensa
de apresarla? Di, mas piensa
que estás hablando conmigo.

BELTRAN. Antiguas cuentas espero
ver si ahora contigo ajusto,
y, pues soy tu carcelero,
oirás, porque así lo quiero,
y hablaré según mi gusto.

LEONOR. ¿Te atreves a una mujer?
Es digna de ti la empresa.

BELTRAN. Paciencia. ¿Qué le he de hacer?
Yo te juro que has de ver
que mi intención no era esa.
Cuando, tras de esfuerzos vanos
para impedirlo, yo vi
libre a Ricardo por ti,
me marché con mis hermanos
a sus tierras de Quercy;
y en nuestro castillo, que es
el más poderoso y fuerte
que se alza en suelo francés,

nos prometimos los tres
dar a Ricardo la muerte.

LEONOR. A traición lo hubieseis hecho.

BELTRAN. No dimos con la ocasión
porque, a tenerla, sospecho
que el odio de nuestro pecho
no se para en la traición.

LEONOR. Tu honor, para no ofenderte,
de hallarle indefenso, pienso,
que te haría detenerte.

BELTRAN. Mi padre estaba indefenso
cuando el rey le dió la muerte.

LEONOR. El me tuvo prisionera
y Ricardo me ha vengado.
Yo era su madre.

BELTRAN. Siquiera
debes acordarte que era
también mi padre el ahorcado.

LEONOR. Beltrán...

BELTRAN. ¿Y no se te alcanza
que si obró en justicia él,
dando a mi padre venganza
pondríamos la balanza
de la justicia en el fiel?
Por eso al rey de Inglaterra,
cuando su vuelta supimos,
y apenas pisó esta tierra,
le declaramos la guerra...

LEONOR. Que perdisteis.

BELTRAN. Que perdimos
para que fuera mayor
el odio que al rey le guardo.
¿Ignoras, reina Leonor,
que por orden de Ricardo
se acrecentó mi dolor?
Mis hermanos no pudieron
escapar. Los dos murieron
a las puertas del castillo...
Cuando presos los tuvieron
los pasaron a cuchillo.

LEONOR. ¡También ellos!...

BELTRAN. Escapar
pude yo. Siendo Adamar
de Limoges nuestro deudo,
vine su ayuda a buscar,
y ya estamos en su feudo.
Di si ocurre con frecuencia
que hombre de mi casta huya...

LEONOR. Tú huiste.

BELTRAN. Sí. Mi conciencia

mi hizo guardar mi existencia
para quitarte la tuya.
Por eso pensé en huir,
por eso salí a tu encuentro;
para vengarme y morir,
que no es cosa de vivir
con tres cadáveres dentro.

LEONOR. Tu odio a Ricardo no alcanza
y contra mí te haces fuerte.

BELTRAN. Vengo a cumplir mi venganza.

LEONOR. Vienes a darme la muerte.

BELTRAN. Y no alientes la esperanza
de impedirlo; vano fuera
pedir piedad; no dispones
de un solo día siquiera.

LEONOR. Infeliz, ¿cómo supones
que yo piedad te pidiera,
que yo te pueda implorar?

BELTRAN. Mi venganza va a llegar.
¡Tiembla, que apoyo te falta!...

LEONOR. Estuve siempre tan alta
que no aprendí ni a temblar.
¿Temblar yo? Si me dijeras
que ahora mismo iba a morir,
no temblara; si quisieras
aterrarme y añadieras
que ibas a hacerme sufrir
algún tormento de fuego,
no temblara; si tu espada
al pecho me pones luego
y, una vez en él clavada,
haces porque poco a poco
penetre en la carne mía
para alargar mi agonía,
yo no temblaré tampoco;
y tampoco temblaría
si en tu venganza intentaras
mayores y horribles males,
aunque desnuda me echaras
en un lecho de puñales.
Si sólo puedes servir
para asesinar mujeres,
ya que te cansa vivir,
aprenderás a morir
como a mí morir me vieres.
Si dar fin a mi grandeza
con su hacha al verdugo toca,
pide a su mano firmeza
y rodará mi cabeza
con la sonrisa en la boca.

ELTRAN. Lo veremos.

ONOR. Calla...

ELTRAN. ¿Qué?

ONOR. ¿No escuchas llegar de lejos
rumores?

ELTRAN. Sí; mas no sé
a qué se deben.

EONOR. (*En el almenar.*)
Se ve
el camino de reflejos
salpicado y avanzar
se siente como una ola,
y es su rumor, al llegar,
como el de la caracola,
que guarda el alma del mar.

NA VOZ. (*Dentro.*)
¡A las armas!

EONOR. Asustadas
corren hacia aquella torre
tus gentes...

ELTRAN. ¡Y van armadas!...
(*Entra GANCELMO.*)
¿Qué ocurre?

NA VOZ. (*Dentro.*)
¡A las armas!

ANCELMO. Corre;
son enemigas mesnadas,
y mi señor, Adamar,
te manda que te unas luego
con él. (*Desaparece de nuevo.*)

BELTRAN. (*A Leonor.*)
Eleva tu ruego
a Dios. Voy a pelear,
pero si con vida llego
de la batalla a salir
y vuelvo de nuevo a verte,
mi venganza he de cumplir.
¡Pídele al cielo mi muerte
para que puedas vivir!
(*Desaparece por la derecha.*)

LEONOR. Y no cesan de avanzar
esas mesnadas de guerra...
¿Me vendrán a libertar?

UNA VOZ. (*Dentro.*)
¡Limoges por Adamar!

OTRA. (*Más lejana.*)
¡Limoges por Inglaterra!
(*Entra BLONDEL.*)

BLONDEL. ¡Es él!

LEONOR. ¡Mi hijo!

BLONDEL. ¡Seremos libres!

Ya corren todos a la batalla.

LEONOR. Y suenan miles de maldiciones,
y un clamoreo
que se hace sordo por la distancia
y que parece
como tormenta que se acercara.

BLONDEL. Se parapetan los del castillo
en las almenas de las murallas
y, con la flecha puesta en el arco,
otros ocupan la barbacana.

LEONOR. El enemigo flechas, ballestas
y hondas prepara...
Entran las flechas por las troneras
y por los huecos de las ventanas.

BLONDEL. Ahora responden los del castillo.

LEONOR. Nubes brillantes silbando pasan,
y flechas veo que se tropiezan en el espacio
como si entre ellas se pelearan.

BLONDEL. ¿Ves ahora algo?

LEONOR. No veo nada.
Son tantas flechas que han ocultado
a los guerreros que las disparan.
Mas ya los veo... Los otros vienen
portando hachas... ;
a rudos golpes
echan abajo las estacadas.
Tiene una brecha
la empalizada.

BLONDEL. Y la defienden los del castillo furiosamente.

LEONOR. ¡Ya es de los nuestros la barbacana!
Pero, ¿qué llevan a las almenas
los del castillo? ¿Acaso...?

BLONDEL. Aparta...

LEONOR. Grandes calderas de aceite hirviendo
y las arrojan por la muralla
sobre los hombres, que, achicharrados,
las manos sueltan de las escalas,
¡y dando vueltas se precipitan
dentro del foso, donde se aplastan! (*Pausa.*)
Ha terminado la pesadilla...

BLONDEL. A subir vuelven por la muralla.

LEONOR. ¡Veo a Ricardo! Sobre la torre
del homenaje su enseña clava.
¿Mas qué es aquello?
¡Traición, Ricardo! ¡Guarda la espalda!
No puede oírme... ¡Traición, Ricardo!
¡El ballestero de la atalaya!
¡Tiende su arco! ¡Dios le confunda!
¡Ya lo dispara!
¡Le ha dado muerte!

ONDEL. Señora...

ONOR. Aguarda.
Llegan guerreros
de su mesnada.

ONDEL. Juan y Ranulfo.

ONOR. ¡Vivo! ¡Está vivo!
Su mano esta torre señala.

ONDEL. Hacia aquí vienen.

ONOR. Se tambalea...
Andar no puede... ¡Casi se arrastra!
¡Me lo han matado!... ¡Me lo han matado!...
¡Ricardo herido de muerte se halla!
(Al decir el último verso cae sollozando en primer término al lado de Blondel.)

LONDEL. Reina y señora,
tal vez te engañas.

EONOR. ¡He visto el arco
que disparaba!

LONDEL. Acaso sea
sólo el cansancio de la jornada.

EONOR. ¡He visto el arco
que disparaba!

LONDEL. Serán, señora,
las emociones de la batalla...

EONOR. ¡Le hirió de muerte! ¡Le hirió de muerte!
¡Si he visto el arco que disparaba!

ANULFO. *(Dentro.)*
Dejad, señores,
la puerta franca.

LONDEL. Vienen los nuestros.

ANULFO. Abridla pronto
o abajo echadla.
(Se abre la puerta. Entra RICARDO vacilante, moribundo; Se apoya en JUAN SIN TIERRA y en RANULFO. Leonor se arroja a los pies de Ricardo.)

LEONOR. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Madre!

RANULFO. ¡Fatal jornada!
(Detrás de los personajes citados entran algunos guerreros. Sientan a Ricardo. Leonor se arrodilla ante él. Ranulfo vuelve a salir de escena.)

RICARDO. Madre... ¡Muerta te creía!
Y ya empezaba a llorarte.
Antes de morir, mirarte
puedo una vez todavía.

LEONOR. Morir...

RICARDO. Morir junto a ti.
La herida mía es de muerte.

LEONOR. ¡Hijo, te engañas!

RICARDO. Advierte
que causé muchas así.
La vida ya me abandona
y es necesario saber
a quién le debo ceder
el peso de mi corona. (*A los caballeros.*)
Decidme, ¿qué soberano
para vosotros elijo?

LEONOR. ¿Cómo lo preguntas, hijo,
si está presente tu hermano?

RICARDO. Juan, se cumplió tu ambición.
tu madre el cetro te entrega...
Ya ves como todo llega...

JUAN. ¡Perdón, Ricardo, perdón!

RICARDO. A ella, que impone esta ley,
dile tu arrepentimiento...
Por Inglaterra lo siento,
porque serás un mal rey.
(*Entra RANULFO.*)

RANULFO. Señor, se hizo prisionero
al arquero que te hirió.

RICARDO. Conocerle quiero yo,
traed al momento al arquero.

RANULFO. (*En la puerta.*)
Llegue el prisionero aquí,
le quiere el rey conocer.

LEONOR. (*Al ver entrar a BELTRAN.*)
¡Miserable!...

RICARDO. Haz por tener
más calma. (*A Beltrán.*)
Acércate a mí.
¿Quién eres tu que a traición,
cobarde, matas a un hombre?
¿Cuál es, infame, tu nombre?
Habla.

BELTRAN. Beltrán de Gourdón.

RICARDO. Beltrán, eres un valiente;
libre te puedes marchar,
pero procura escapar
antes de que yo no aliente.
(*Sale Beltrán. Ricardo sigue diciendo, señalando al cielo.*)
Adiós, madre... Allí te aguardo...
Adiós, Ranulfo... Blondel,
sé siempre a mi madre fiel...

BLONDEL. Lo seré, señor.

LEONOR. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Cómo a todos os aflijo!
Hermano, yo te perdono...
Conserva con honra el trono...

Dios os guarde... (*Muere.*)

ODOS. ¡ Señor !

EONOR. ¡ Hijo !

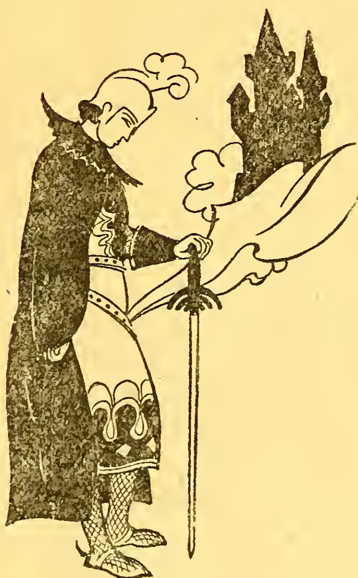
ANULFO. Fué rey noble y caballero.

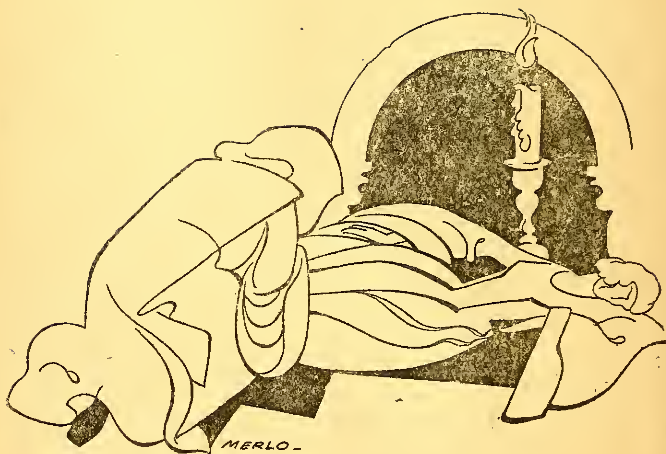
LONDEL. Que lo acoja Dios aguardo.

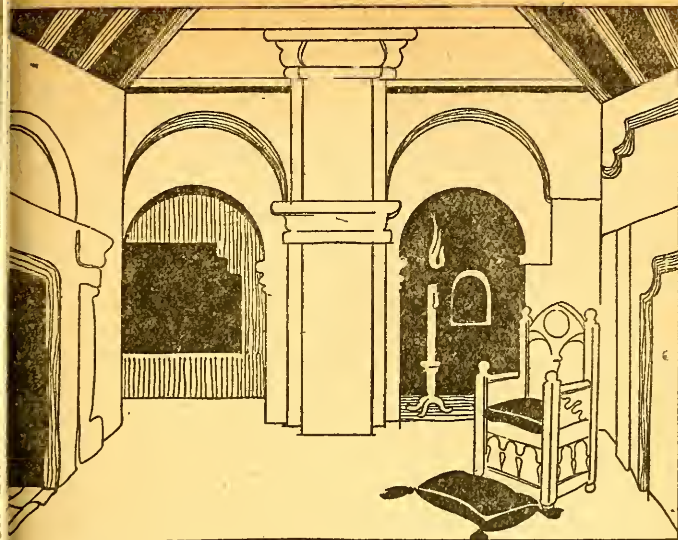
JNA VOZ. ¡ Limoges para Ricardo !

UAN. ¡ Limoges por Juan Primero !

TELON




MERLO



EPILOGO

Cuatro años después. Una estancia en el castillo de Poitiers. Todo el decorado es sombrío, lleno de tristeza y misterio. Es de noche y la escena se halla alumbrada por la amarillenta luz de los hachones. Unicamente por una puerta que se abre al foro entra una intensa claridad lunar. Sentada ante una celosía y como en éxtasis, LEONOR escucha el canto interior de los monjes, que entonan un *De profundis* mientras suena el órgano; está vieja, esquelética. ADELAIDA y BLONDEL la contemplan.

MONJES. (*Dentro.*)
"De profundis clamavit ad te Domine;
Domine exaudi vocem meam...", etc.

ADELAIDA.
No cesó de delirar
desde ayer. Mírala ahora;
oye el canto, calla, llora,
medita y vuelve a llorar.
Hace poco alzó la frente,
clavó sus ojos en mí
y, como volviendo en sí
un instante solamente,

como confesor al santo
del monasterio pidió
y a su silencio volvió
para escuchar ese canto.

LEONOR. *(Alza los ojos con siniestra expresión y, poniéndose un dedo en los labios, dice misteriosamente.)*
¡Callad! ¡Callad, que ya viene!
¡No ha muerto! ¡Todos mentís!
¿Su triste acento no oís?
Herido su pecho tiene.
¡Callad! Sus pisadas son...
En mi regazo se echa...
¡Quiero quitarle la flecha
que trae en el corazón! *(Pausa.)*
¿No sabéis? Está al llegar
hoy a mi lado una dama
a quien en poder y fama
nadie ha podido igualar.
¡Callad!... Ya emprende el viaje...
Viene envuelta en una nube...
El foso salta... Ya sube
la torre del homenaje.
Dejadla la entrada franca
a mi castillo feudal...
Trae, como manto imperial,
su larga túnica blanca.

BLONDEL. Alguien viene.

LEONOR. Ven, señora.
Ya llega... Pasad, pasad.
Es ella...

ADELAIDA. Suben...

LEONOR Callad...
Trae claridades de aurora.
Es muy vieja y muy extraña...
¿Por qué su vista os aterra?
Es la reina de la tierra.
Trae por cetro una guadaña.

BLONDEL. Paso cercano se advierte...

LEONOR. Dejadla que andando siga.
¡Ven junto a mí, buena amiga!...

ADELAIDA. Ya llegan.

BLONDEL. ¿Quién va?

LEONOR. La muerte.
(Pausa. Se hace un silencio de terror. Entra el monje de Monternieuf. El monje hace señas de que le dejen solo con la reina. Salen Adelaida y Blondel después de decir las siguientes palabras.)

BLONDEL. Está su razón perdida...

ADELAIDA. La muerte en su busca avanza... *(Salen.)*

MONJE. *(Hablando consigo mismo y mirando a Leonor.)*
¡Qué misteriosa mudanza
la de la muerte y la vida!

¿Para qué, Señor, vivimos
si tenemos que morir?
Después de saber vivir,
¿por qué, Señor, nos morimos?
¿Por qué?... ¿Para qué? No sé.
Y se mueren los más sabios,
llevando siempre en los labios
el *¿Por qué?* y el *¿Para qué?*
La vida, según se advierte
por esta eterna canción,
sólo es la interrogación
gigantesca de la muerte.
(*Dando algunos pasos hacia Leonor.*)
¡Leonor, sierva querida
del Señor, que te bendice!...

LEONOR. (*Desvariando, sin prestarle atención.*)
¿No sabéis? La muerte dice
que me quedaré dormida...
Y al despertar..., escuchad,
a Ricardo podré ver...
Junto a mí lo he de tener
por toda la eternidad.

MONJE. ¡Leonor, reina cristiana!

LEONOR. ¿Mas y ella? ¿Cómo no viene?
¿Dónde está? ¿Quién la detiene?

MONJE. (*Llegando junto a ella.*)
¡En nombre de Dios, hermana!

LEONOR. (*Como volviendo en sí.*)
¿Quién tales palabras vierte?
¿Quién sois?

MONJE. Un monje, señora.

LEONOR. (*Volviendo a desvariar.*)
Dejadme, dejadme ahora...
¡Me está esperando la muerte!

MONJE. (*Elevando al cielo los ojos.*)
¡Iluminadla un momento!
Leonor, ¿no hay en tu vida
alguna culpa escondida
que pida arrepentimiento?
(*Leonor hace esfuerzos para reconcentrar su atención en el Monje.*)
¡Piensa! ¡Piensa!

LEONOR. Nada sé.

MONJE. Es para salvar tu alma...

LEONOR. ¡No puedo! ¡Dejadme en calma!
(*El Monje se pone frente a ella y, con un supremo esfuerzo espiritual, echa atrás su capucha.*)

MONJE. ¡Leonor, contémplame!

LEONOR. (*Poniéndose en pie, aterrada.*)
¡Rimbaldo, sombra olvidada!...
¿Qué es lo que quieres, hermano?

¿Por qué traes entre tu mano
esa copa envenenada?
Pero, ¿quién tras de ti viene?
¡Rosamunda!... ¡Tú has querido
que saliese del olvido
para que yo me condene!...
¡Rimbaldo!

MONJE. No, Leonor;
murió tu viejo escudero...

LEONOR. (*Cayendo nuevamente en el sillón.*)
¡Me ahogo!

MONJE. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Me muero!
¿Quién eres?

MONJE. Tu confesor.
Escucha...

LEONOR. (*Desvariando.*) ¡Calla y advierte
que Ricardo me reclama!...
¡Ya voy!... ¡La muerte me llama!
¡Ya me marcho con la muerte!

(*Comienza el canto de los monjes dentro, al compás del órgano.*)

MONJE. ¡Protégela, Dios divino!

LEONOR. Me voy a un reino distante...
Marchemos...
(*Se pone en pie y comienza a andar vacilante.*)
Ella, delante,
me va enseñando el camino...
Y yo de ella voy en pos...
¡Cuánta paz! ¡Cuánto consuelo!
(*La claridad lunar de la puertecilla del foro se hace más intensa. Leonor se dirige hacia ella diciendo:*)
¡Mira el camino del cielo!

MONJE. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Adiós!... ¡Adiós!

(*Llega a la puerta, se detiene, vacila y cae. Una sombra extraña cruza la claridad, se inclina hacia Leonor, se levanta de nuevo y desaparece. Rimbaldo da un grito.*)

MONJE. ¡Alianor!
(*Se inclina también hacia el cuerpo de Leonor como si fuese a besarla. Después se yergue. Toma una actitud regiamente sacerdotal y, en pie, ante el cadáver, elevando los ojos al cielo y alzando la mano para bendecir, murmura:*)
Indulgentiam absolutionem...
(*Y sigue murmurando mientras continúa oyéndose el* "De profundis" *de los monjes y el órgano rompe en acordes majestuosos.*)

TELON

FIN DE LA OBRA

RIVADENEYRA (S. A.). — ARTES GRÁFICAS. — MADRID.